POLITICA

Aparece todos los martes
Año I — (Segunda época) Buenos Aires, 28 de febrero de 1961 — Nº 1
Director: Jorge Abelardo Ramos

POLITICA MILITAR Y REVOLUCION NACIONAL

¿QUE HARA PALACIOS EN EL SENADO?

INDIGENCIA POLITICA DEL PARTIDO COMUNISTA

DESHIELO EN EL URUGUAY

¿EXISTE UNA IZQUIERDA NACIONAL?

ESCRIBEN: Hernández Arregui - Spilimbergo - Methol Ferré - Jauretche - Jorge Cooke. - ENTREVISTAS EXCLUSIVAS A: Sra. de Manuel Ugarte - Rodolfo J. Walsh.

A PROPOSITO DE QUINCE AÑOS DE POLITICA ARGENTINA:

¿QUE HACER?

Hace más de dos años publicamos 8 números de POLITICA. Las penurias financieras propias de toda publicación de ideas obligaron a cerrar esa primera etapa. Hoy reiniciamos la tentativa. Una nueva generación ocupa su lugar en la escena y no encontramos mejor manera de restablecer la continuidad de nuestra publicación que reproduciendo algunas palabras de la primera edición de POLITICA:

"El rasgo esencial del momento político argentino es la crisis de la vieja sociedad tal cual salió de manos de la historia: asistimos a los desórdenes en que se consume la vejez de aquella Argentina ganadera, terrena y cosmopolita cuyo apogeo festejó el Centenario. ¡Irrecuperable Edad del Cuero y de la Libra!

"Dos guerras mundiales y una crisis imperialista arruinaron nuestra industria, y con ella una mezquina burguesía, que no se atrevió a disputar abiertamente a las fuerzas de la oligarquía agropecuaria el control del poder. Los partidos tradicionales no advirtieron el formidable cambio invisible y cuantitativo de la infraestructura económica; en 1943 el golpe de Estado puso a plena luz el anacronismo de un país industrial dirigido por estancieros y abogados. La juventud militar discernió confusamente el problema, pero estaba imbuída de la ideología del nacionalismo reaccionario y clerical. El sistema no podía triunfar sino bisódicamente: disolución de sindicatos, represión policíaca, trogloditas feudales en la Universidad, puristas del lenguaje y teólogos con garrote, tal fué la primera fase del 4 de junio.

"El nacionalismo castrense del 43 parecía marchar hacia el abismo, atormentado por sus contradicciones internas y por el jaqueo de la infamia cipaya intervencionista disfrazada de "democrática". El país estaba dividido en dos polos, y parecía que no había otra opción: o se era un patriota partidario de la industrialización bajo el látigo del cura fanático, o se estaba en el bando de los miserables sirvientes de Churchill, Stalin o Roosevelt. Pero la opción existía y surgió de la confluencia de dos fuerzas poderosas. Cuando el proletariado selló en 1945 una alianza con el Ejército, se reorientó toda la situación.

"La cifra de esa alianza, a la que se sumaron luego heteróclitos sectores industriales, clericales, de la clase media y la burocracia, se llamó Perón, y el movimiento que engendró, peronismo. Ese frente de clases duró tanto como duraron las condiciones locales e internacionales que habían facilitado su creación".

Bajo la forma forzosamente compendiada de un editorial, ofrecíamos a nuestros lectores los elementos capitales de la más reciente historia política de los argentinos Ese análisis estaba guiado por un pensamiento: el método marxista. Este había remontado su vuelo en nuestro país gracias al rompimiento total con su expresión teórica y política más degradada, es decir, con el Partido Comunista, atado desde su nacimiento a las alternativas diplomáticas de una nación extranjera. Sosteníamos que si Lenin hubiera sido en Rusia zarista tan cipayo y extranjerizante como lo son sus epígonos en la Argentina, la revolución rusa no habría triunfado jamás.

La incomparable fertilidad del pensamiento socialista debía implicar necesariamente la verificación de un análisis radical de los viejos partidos políticos de nuestro país, y en particular de los llamados "partidos obreros", tanto o más peligrosos que las formaciones burguesas u oligárquicas, cuanto que se cubrían con el prestigio difuso de una revolución victoriosa en Asia o con la bandera seductora de la "izquierda". Si el desarrollo industrial argentino había creado una gran clase obrera, y al mismo tiempo la inversión imperialista en la industria disminuía el papel político independiente de la burguesía en la lucha por la liberación del país, era evidente que el proletariado debía prepararse para el papel dirigente en la revolución nacional.

Pero alertamos sobre el hecho de que el Ejército argentino, ante la burguesía vacante, había ocupado en cierto modo su papel, y durante diez años pactó con el proletariado para realizar el ciclo peronista hasta su caída. Señalamos en consecuencia que el Ejército era un factor no desdeñable en la elaboración de toda estrategia obrera en la lucha por la revolución.

Ante la perplejidad de la vieja izquierda, deformada por los mitos de un marxismo europeo tan abstracto como los mitos elegantes del patriciado, formulamos la idea de que solo un socialismo nacional revolucionario, o en otros términos la creación de una gran corriente de izquierda nacional, fundada en el pensamiento marxista, podía dar a la clase obrera la divisa y los cuadros para sus futuras victorias.

Nos ratificamos en todo lo dicho. Por otra parte, numerosos libros y publicaciones difundidos en los últimos quince años, y que constituyen los verdaderos cimientos ideológicos de la revolución argentina, advertirán al lector menos avisado que no somos recién llegados a la vida pública. Estamos hoy donde estuvimos siempre: al servicio de una política para la clase obrera, para el país y para América Latina. Las condiciones maduran rápidamente para que esa política encuentre el cauce histórico de un partido obrero y popular de masas. Ese partido, hoy o mañana, —los ritmos los indicará la realidad misma—, no podrá fundarse sino como una síntesis dinámica de las tres grandes tendencias que nuestro país ha producido: en primer lugar, el poderoso peronismo obrero, heredero legítimo de todos los movimientos de masas en la historia argentina, jalón insustituible en la educación política del proletariado criollo; el frondizismo, expresión que fué de la juventud pequeño burguesa que derivaba hacia un nacionalismo democrático; y las corrientes del pensamiento marxista que a través de su larga y rica historia habrán de fundirse en el gigantesco torrente destinado a remodelar la sociedad argentina.

Miremos por encima de las tumbas. En el momento que las masas populares de todo el planeta toman en sus manos su propio destino, la Argentina está petrificada en las categorías más envejecidas del pensamiento político.

Pero ha comenzado el deshielo. Antes que proporcionar fórmulas salvadoras, que inclinarse al "golpismo", al "avión negro" o a "ganar el monte", es preciso que el país se impregne de la nueva ideología revolucionaria de la que POLITICA será tribuna.

Rendimos homenaje aquí, en este nuevo ciclo de POLITICA, a todos los movimientos populares de nuestra historia: nos descubrimos ante los revolucionarios de Mayo que quisieron hacer con San Martín, de América Latina una sola y grande nación; ante los montoneros que legendariamente lucharon durante setenta años contra la prepotencia extranjera y la soberbia porteña; ante todos los caudillos, sin excluir a ninguno, que representaron la voluntad del país con el pueblo en armas; a los defensores del honor nacional en la Vuelta de Obligado; a los paisanos del Ejército de Línea que tomaron en el 80 la ciudad porteña y la convirtieron en la plataforma federal de todos los argentinos; a los cívicos de boina blanca que se alzaron en el 1905 contra el inglés Manuel Quintana; a las inmensas masas yrigoyenistas que abrieron un curso democrático al país inmigratorio del 16; a los miles y miles de obreros y artesanos argentino-europeos, socialistas, comunistas y anarquistas de base que rindieron su vida al servicio de la clase trabajadora en su edad heroica; en fin, al grandioso movimiento obrero y popular del 45, que quebró la infamia oligárquica y que bajo el nombre de peronismo dió grandes horas al país.

Todo eso es nuestro, sin beneficio de inventario, y lo reivindicamos como revolucionario si no asume y sintetiza en sí mismo el siglo y medio turbulento que construyó este país.

(Al cierre)

Como no creemos en la monótona segmentación de los "panoramas semanales" el lector tendrá en AL CIERRE sinteticas apostillas de los sucesos y personajes que hayan merecido, de martes a martes, la fama de la letra impresa.

❖ Un antiguo abogado británico y socialista renegado, el doctor Pinedo, que nace 25 años declaró en el Senado haber recibido diez mil libras esterlinas como honorarios de los ferrocarriles ingleses, ha sido designado "coordinador" de la usina eléctrica privada de Dock Sur. Volvemos al tradicional flagelo del servicio público de capital extranjero? Pinedo es de los que, interrogado por "Clarín", comentaba: "Me gusta el plan de estabilización; en cuanto al llamado de desarrollo, no lo entiendo". El siniestro personaje no pierde las mañas.

❖ Es que, en verdad, el gobierno de Frondizi parece contar con dos almas en lucha. Su desarrollo constituye el último giron del programa nacional de Frondizi, que tal vez sostenga personalmente (y muy por el fuero íntimo) el presidente, y algunos bolsones nacionales incrustados en la burocracia y el Ejército, resistiendo penosamente el abrazo asfixiante de los Toranzo Montero, los Alsogaray y Pinedo. Porque el elemento más singular de la actual situación política argentina es que, a pesar de las groseras simplificaciones de la oposición seudodemocrática, y del aire panglossiano del famoso senador García, coexisten en el seno del gobierno dos tendencias, que podríamos denominar oligárquica y burguesa. Hasta ahora prevalece la primera, pero así como los elementos burgueses nacionalistas no lograron imponer su línea en la orientación gubernamental, tampoco lo ha podido la vieja oligarquía y sus desembozados agentes. El espectáculo de esta lucha sorda no es muy visible, sobre todo para los cortos de vista, y para los fabricantes de "slogans" de fácil consumo. Pero se ha comenzado a manifestar en la polémica interna del gabinete sobre la explotación del hierro en Sierras Grandes. Volveremos sobre el tema, más suculento y esclarecedor sobre las luchas de las clases dominantes en las cimas del poder, que el blabla "antiimperialista" de Sanmartino o los candorosos extasis en que cae el doctor Vitolo cuando divaga sobre la pureza del comicio.

EL DOBLE CARACTER DE LA REVOLUCION CUBANA

El clamor histérico de la prensa y las agencias noticiosas imperialistas bastaría por sí solo para que los pueblos hispanoamericanos supieran a qué atenerse respecto a la revolución cubana. El régimen de Fidel Castro, al nacionalizar los latifundios y las empresas imperialistas, rompe la estructura semicolonial que sometía a Cuba al régimen del monocultivo, la miseria y la dependencia económico-política hacia Estados Unidos. Las medidas revolucionarias pueden afectar sórdidos intereses yanquis. Pero muy pocos se han atrevido a negar su justificación histórica, y ha debido reconocerse que Cuba, al expropiar a sus explotadores, ejerce un incuestionable derecho de soberanía política.

Es claro que, por negarse a circunscribir su revolución popular al puro marco político y legalista de la democracia formal, por negarse a luchar contra Batista sin poner en cuestión la estructura misma de la sociedad cubana, que hacía posibles tales tiranías, el régimen popular se encontró, al día siguiente de la victoria, sometido a un implacable cerco imperialista. Los monopolios que explotaban al pueblo cubano movilizaron a su favor la fuerza compulsiva y amenazante del Estado yanqui, y a los cipayos de siempre, dispuestos a venderse al mejor postor.

En tales condiciones, la situación de Cuba llegó a ser angustiosa. El imperialismo crea economías incapaces de subsistir independientemente. Dependiendo con exclusividad del azúcar y del mercado yanqui, la economía semicolonial cubana era un ejemplo típico de esta subordinación. Ahora bien, cuando un pueblo decide poner punto final a esta esclavitud económica y política, el imperialismo desata sobre él la crisis más espantosa, bloqueando una economía que está hecha para no poder mantenerse por sus propios medios. Es una especie de lock-out patronal en escala gigantesca.

Pequeña isla con seis millones de habitantes, sin plataforma técnico-industrial ni posibilidad de industria pesada en el reducido marco de su mercado interno, Cuba necesita integrarse a una comunidad nacional latinoamericana liberada de la intromisión imperialista. Tal es su camino histórico, como el del resto de los países al sur del Río Bravo.

Pero, como es sabido, las burguesías latinoamericanas compiten entre ellas en sumisión al amo yanqui. En el momento en que Cuba necesita de la solidaridad concreta de las naciones hermanas, los gobiernos que detentan el poder (salvo algunas vacilantes excepciones) se apresuran a sumarse a la agresión imperialista. Jaqueada hasta ese extremo, la revolución cubana debe buscar apoyo allí donde se lo suministren. Los lamentos por el acuerdo entre Cuba y el bloque comunista, el llanto de que Cuba se ha "entregado" al comunismo, sólo revelan a miserable hipocresía de quienes fingen ignorar que el cerco hostil del imperialismo norteamericano ha llevado a la revolución cubana a esta alternativa de hierro: o capitular miserablemente, o negociar apoyos allí donde los encuentre.

Al elegir el segundo camino, Fidel Castro no hace más que plegarse a las mejores tradiciones revolucionarias latinoamericanas. En 1938, por ejemplo, Cárdenas había expropiado las empresas petrolíferas norteamericanas e inglesas, y éstas, apoyadas en sus gobiernos —como es de rigor—, emprendieron el bloqueo contra el petróleo mexicano. Cárdenas replicó ofreciendo el petróleo nacionalizado a Italia y Alemania fascistas, a pesar de ser estos países no precisamente un *bloque socialista*, sino el foco más virulento del capitalismo mundial.

Con estas breves consideraciones no pretendemos, ni mucho menos, agotar el análisis de la actual situación cubana. La solidaridad con la revolución popular de Cuba es un deber patriótico para todo latinoamericano. La causa del pequeño y heroico país del Caribe, es, en efecto, una causa nacional latinoamericana. Sólo traidores a la patria —la Patria Grande de San Martín, Bolívar, Monteagudo— pueden negarse a ese deber de solidaridad. Vergüenza e infamia para los gobiernos mendicantes que, como "respetuosas", han canjeado una irrisoria promesa de 500 millones de dólares (1/300 del presupuesto de guerra norteamericano!) por el papel de Judas frente a un pueblo hermano.

Hoy, más que nunca, es imperioso mantener inflexible el principio de no intervención. Pero la no intervención debe ser activa, debe incluir la intervención contra los intervencionistas, el repudio práctico a los fabricantes de invasiones armadas, el rechazo de toda medida de discriminación económica y política.

PERON. Lo combatieron los cipayos de izquierda y de derecha. Ahora lo acusan de no haber ido más adelante los mismos que no lo derribaron por sus deformaciones burocráticas, sino por el pueblo que lo sostenía.

FIDEL CASTRO. Cuando perdió el apoyo norteamericano encontró el de la Unión Soviética. A diferencia de nuestros "cubanistas" cipayos, entre la izquierda oligárquica y el pueblo optó por este último. En Buenos Aires, muchos son castristas en Cuba para seguir siendo cipayos de izquierda en la Argentina.

Hay otro aspecto de la cuestión cubana que nos interesa en la misma medida del que acabamos de esbozar. Es el de los "cubanistas", como es de público y notorio conocimiento, nuestro país se ha visto invadido por una fauna extraña de gente que son antiimperialistas en Cuba y cipayos en la Argentina. Exageramos un poco al presentar el asunto como una novedad. Nunca faltaron representantes de esta especie. No olvidaremos fácilmente a los que pusieron el grito en el cielo ante la actitud de la cancillería argentina frente a la invasión contra Guatemala, de 1954, precedida por la Conferencia de Cancilleres de Caracas. Los antiimperialistas cipayos reprocharon entonces a nuestra representación diplomática el haberse *abstenido* (junto con México) cuando se votó el repudio al régimen "comunista" de Arbenz. Sin embargo, aquella abstención tuvo el sentido de una clara denuncia a los agresores norteamericanos.

Lo nuevo, en el actual caso, no es, pues, la especie, sino su cantidad. El ejemplar típico, don Alfredo Palacios, lava su complicidad con la "revolución" libertadora, su embajada en Montevideo, sus condumios gorilas, con un espléndido revolucionarismo cubano. Y no hay por qué omitir otros ejemplos *casi* tan venerables, como el energúmeno reaccionario Martínez Estrada.

Sí, hoy todos somos revolucionarios... en Cuba. Cipayos en la Argentina, revolucionarios en Cuba. Con nuestro apoyo a una revolución de altura, *que no hemos hecho*, obtenemos piedra libre, consideración y respeto para proceder como perfectos reaccionarios en nuestro país. ¡Qué bien vemos la progresividad histórica del movimiento cubano! ¡Qué bien eludimos los engaños de la propaganda imperialista! ¡Con cuánto donaire la refutamos cuando llora sobre el sepulcro de la "libertad de prensa" en Cuba, recordándole que la tan famosa libertad no está por encima de los destinos populares y patrióticos, como no lo estuvo durante nuestras guerras de la independencia! ¡Qué magnánimos ante los fusilamientos cubanos! ¡Qué flexibles para "entender" la política exterior de Cuba!

Lo verdaderamente lamentable es que toda esa recua de farsantes seniles sólo tiene ojos de ciego para *no ver* al país, porque ninguno de ellos ha sido capaz de señalar, aunque sea tarde, el significado histórico progresivo del movimiento de masas peronistas, el carácter oligárquico y reaccionario del golpe militar del 55.

En cuanto a la variante juvenil del "cubanismo", está constituída por gente que no ha tenido tiempo de envilecerse en la infamia. Revista en la que podríamos llamar el romanticismo revolucionario, si es que damos a la palabra romanticismo su mejor significado. La distancia y el tiempo depuran las imágenes, les quitan ese polvo y barro del camino que ensombrece el mejor presente, destacan los rasgos esenciales de entre la maraña de lo anecdótico, y les prestan, por último, cierto nostálgico realce. No es lo mismo la Revolución Francesa cantando la Marsellesa, y enrojeciéndose las pacíficas pupilas con el "aux armes, citoyens", que la revolución francesa vivida por sus contemporáneos, con sus desbarrapados a la vista, su guillotina funcionando hasta la insensatez y el pánico, los negociados, las debilidades de sus dirigentes, etc.

Es un avance, reconozcámoslo, que en lugar de hipnotizarse en el plagio de la última moda literaria francesa, o en la estereotipia de la Revolución Rusa o China, penetren, a través de Cuba, en la problemática latinoamericana. Pero cuando se intenta *cubanizar* las perspectivas de la revolución argentina, pasando por alto lo específico de cada situación y coyuntura, se desemboca, abiertamente, en el terreno de la esterilidad o el aventurerismo. La experiencia política puede generalizarse dentro de ciertos límites. Pero cada país y cada momento encierran su incógnita, que nadie develará deductivamente, sino penetrando de la manera más resuelta en su realidad específica. Equiparar un país de proletarización campesina con un país cuya fuerza revolucionaria fundamental es el proletariado urbano, pensar aquí en los términos de allá, es condenarse a la utopía. Y las utopías, por más que se revistan de sonoridades epopéyicas, son armas para el enemigo.

Así, el juvenil cubanismo que prolifera en amplios sectores de la pequeño-burguesía de izquierda, es, o una evasión (con mucho viaje a Cuba, acto pro Cuba, comité de ayuda a Cuba y, si nos descuidamos, voluntarios a Cuba), o un traspapelamiento ideológico propio de quienes, incapaces de saber nada de la Argentina, nos proponen... cubanizar a la Argentina. La revolución argentina tiene sus propias leyes. Descubrirlas, sin temores ni prejuicios y actuar en consecuencia, es la gran tarea de esta época.

SOLO EL QUE ES UN REVOLUCIONARIO EN SU PROPIO PAIS, PUEDE SER UN VERDADERO AMIGO DE CUBA

EN MEMORIA DE UN PRECURSOR DE LA LUCHA ANTIIMPERIALISTA

MANUEL UGARTE

Fue un socialista argentino que luchó hasta su muerte por la UNIDAD NACIONAL DE AMERICA LATINA

dice su esposa, doña Teresa Desmards de Ugarte

LA OLIGARQUIA LO SILENCIO, Y NINGUNO DE SUS LIBROS ES CONOCIDO POR LA JUVENTUD ACTUAL. AHORA REAPARECE "LA PATRIA GRANDE"

Un reportaje de Andrea Danielis

CON motivo de la aparición de la primera edición argentina de "La Patria Grande", presentamos hoy a nuestros lectores a la señora Thérese Demards de Ugarte, esposa del escritor desaparecido. Pero antes de hablar con nuestra gentil interlocutora, recordaremos a nuestros lectores la figura del autor de "Escritores Iberoamericanos del 900", "El Naufragio de los Argonautas", "El Destino de un Continente", "El Porvenir de América Latina" y otros grandes libros olvidados.

El desconocimiento que las tres últimas generaciones argentinas tienen acerca de la persona y la obra de Manuel Ugarte es un ejemplo más de lo que se ha dado en llamar la "colonización cultural". Al par que la colonización económica —definida por la adecuación de la economía del país colonizado a la de nación colonizadora—, el imperialismo impone una sujeción cultural, cuyo objeto es asegurar la anterior, y que consiste en reemplazar la cultura autóctona por la del país imperialista.

Desde la batalla de Caseros, la formación de nuestra burguesía ilustrada corre por cuenta de Inglaterra —o de Europa, vía Londres—; los que tienen acceso a las letras son cuidadosamente aislados del resto del pueblo que conserva viva la tradición nacional. Este fenómeno es bien visible en las colonias africanas, cuya clase dirigente es enviada a la metrópoli, se llame ésta Londres, París o Amsterdam. Pero el experimento no funciona siempre dentro de los límites ideales del laboratorio: un día la necesidad histórica se impone y surge un hombre o una generación que intenta enlazar la cultura occidental con la tradición del pueblo oprimido. Si el momento es propicio, ese hombre será un héroe nacional y esa generación se hará revolucionaria; si no lo es, sus propios compatriotas habrán de desconocerlo hasta que otro hombre u otra generación restablezca la tradición trunca.

Aquí, en nuestro país, la tarea de rescatar la figura y las ideas de Manuel Ugarte, para la historia del pensamiento político nacional, la inició Jorge Abelardo Ramos en 1953, cuando se publicó con el sello editorial de Indoamérica "El Porvenir de América Latina.

A los 20 años, Ugarte regresó a América —su infancia y su adolescencia transcurrieron en Europa— desde entonces su vida conservará, en efecto, la continuidad consecuente de aquellos que se ponen al servicio de una gran tarea. En sus innumerables artículos periodísticos, en sus libros, en la militancia dentro del Partido Socialista, en las campañas latinoamericanas, en la posición mantenida frente a las dos guerras mundiales, hay una idea única e indisociable: la única manera de lograr nuestra independencia frente al imperialismo es realizando la unidad del continente.

Y ahora sí vamos al encuentro de la señora de Ugarte. Es una mujer enérgica y lúcida, que nos habla con acento conmovido sobre Ugarte. Nos recibe en el living: unos pocos muebles cuidadosamente elegidos, un sillón amplio y confortable, mesas bajas, libros; sobre las paredes en tono pastel un gran retrato de su marido, unas pocas y deliciosas miniaturas y algunas fotos de otros tiempos.

En el momento de iniciar el reportaje, el reglamentario corte de luz capitalino introduce una oportuna lámpara a kerosene. Favorecidos por la reminiscencia retrocedemos a las primeras décadas del siglo.

—Cuéntenos algo de cómo era Ugarte cuando usted lo conoció. ¿Cuándo y dónde ocurrió?

—Manuel Ugarte —nos dice— abandonó su país en 1912, y desde entonces sólo residió en él eventualmente. La fundación del diario "La Patria" lo había aislado; su soledad se acentuó durante la primera guerra mundial: despreciando la tradicional corriente liberal y proinglesa, que se hizo aliadófica, él defendió la necesidad de una prescindencia absoluta frente a ese conflicto que era extraño a nuestros países. Y digo "nuestros" porque soy una francesa que se siente profundamente argentina.

—En 1918 —continúa la señora de Ugarte— Buenos Aires vivía la euforia de los vencedores de la guerra, que eran, a la vez, los enemigos tradicionales del propio país. Manuel se desterró voluntariamente. En Madrid toda la joven intelectualidad española acudió a recibirlo; Francisco Contreras —a quien yo había conocido en los círculos artísticos— le ofreció una fiesta. Así nos encontramos.

—¿Puede decirnos algo de sus campañas continentales? ¿Gastó mucho dinero en ellas? ¿Qué eco encontraron en la Argentina y en América Latina?

—Manuel era hijo de una antigua familia argentina; su padre contaba con una apreciable fortuna, que le permitía residir en Europa y ofrecer a su joven hijo el tradicional viaje por el Viejo Mundo. En 1900 Manuel viajó a los Estados Unidos, pensaba visitar el Japón, y en aquella época la ruta más frecuente hacia el oriente era la del Pacífico. Conociendo el país del Norte, decidió cambiar el itinerario de su viaje y llegar hasta México. Años más tarde decía que entonces se le reveló en toda su potente realidad la opresión del imperialismo yanqui.

"Fue entonces cuando comenzaron sus campañas latinoamericanas en las que agotó los recursos económicos que el padre pusiera a su disposición —nos dice la señora de Ugarte—. El eco de su campaña en la Argentina ustedes lo conocen como yo. Su prédica fue rodeada del mayor silencio, y dentro de su propio partido —el Socialista—, primero se lo aisló y luego fue expulsado, junto con Alfredo Palacios y el ala argentinista que ellos propiciaban. Si los reformistas del 18 lo conocían y se hallaban identificados en su lucha, que era la misma en que ellos estaban embanderados, las generaciones posteriores lo ignoraron. En América Latina, Manuel Ugarte es una figura nacional. El reconocimiento por la obra realizada era de carácter público. Por esa época sus amigos, intelectuales latinoamericanos, españoles y argentinos solicitaron para Ugarte el Gran Premio Nacional. Esta distinción fué creada por el gobierno argentino para premiar la obra o el conjunto de obras más importantes escritas por un connacional. El documento fué firmado por Gabriela Mistral, José Vasconcelos, Rufino Blanco Fombona, Alcides Arguedas, Manuel Machado y muchos otros. No buscaban sus amigos únicamente el reconocimiento a que sin duda era acreedor; trataban también de solucionar sus problemas económicos. La solicitud no mereció la atención del ministro de Instrucción Pública. ¿Sabe usted por qué? Porque Ugarte no había publicado un solo libro en su país... En ese entonces era presidente de la República el general Justo.

—¿Por qué editó todos sus libros fuera del país?

—En primer lugar porque nadie quería editárselos. Los periodistas, los escritores, los críticos que medran temerosamente a la sombra de los grandes diarios —tradicionalmente al servicio de los intereses imperialistas —evitaban cuidadosamente mencionar su nombre o comentar sus libros. Es la clásica campaña de ignorancia —lo sabemos— que en nuestro país reemplaza a la lucha ideológica y que es el modo más efectivo y aplastante de silenciar las ideas incómodas. Efectivamente —agrega la Sra. de Ugarte— para las obras de contenido auténticamente nacional, como todas las de Manuel, no había en su país más respuesta que el silencio. Por otra parte no debe usted olvidar que después de la pérdida de su fortuna Manuel vivió permanentemente de su labor periodística y literaria. Colaboró en 30 ó 40 diarios en España, Europa y América; fue director para la América Latina de "Monde", el periódico de Henri Barbusse; cada libro editado por Garnier significó para él un período de tranquilidad económica.

A continuación nos recuerda que el único libro editado en la Argentina hasta el momento es "El Porvenir de América Latina", recién en 1953.

—¿Qué opinaba Ugarte del silencio que se hizo en torno a su nombre después de las campañas continentales?

—El silencio se limitó únicamente a su propio país —puedo decir nuestro país, ya que yo también soy argentina ahora—. No ocurría lo mismo en el resto de América Latina. En Méjico, en Lima, en Quito, en todas las capitales latinoamericanas una multitud esperaba su llegada en los puertos y se reunía para escucharlo. Era considerado como el continuador en el plano intelectual de la obra de unificación que Bolívar y San Martín comenzaran en la época heroica de la independencia. En la Argentina sus campañas sólo encontraron eco en un reducido número de intelectuales y estudiantes de la FUBA de aquella época. Ugarte reconocía en sí mismo el sino que había marcado a toda su generación; alguna vez me leyó las frases del protagonista de "Hombres en Soledad", la novela de Manuel Gálvez.

La señora se dirige a una estantería y toma un libro: nos muestra una borrosa dedicatoria y disculpándose por lo que ella llama su deficiente español, nos pide que leamos unas líneas subrayadas. Se trata de unas frases que ya Ugarte citó en alguna de sus obras: **"Ni mil personas me leen en un país de 13 millones de habitantes. Me elogian los diarios por rutina, porque hay que elogiar a todo el mundo. Los críticos no se dan cuenta de nada. Los hijos de mi espíritu han nacido muertos... Mi drama no es individual, es el de los argentinos de más rica sensibilidad; la causa de este mal no está en nosotros, sino en el país, en esta especie de factoría en que hemos nacido y vivido".**

—¿Ha dejado algún manuscrito inédito? Piensa en tal caso publicarlo?

—Sí. Se trata de "La Reconstrucción de América Latina". En este libro Ugarte convoca a los Pueblos del continente a luchar por la unidad de América Latina, único medio para realizar su propio y común destino. Próximamente lo entregaremos a la Editorial Coyoacán para su publicación. No hay otros libros inéditos, aunque toda su obra es poco conocida en la Argentina, porque se halla agotada desde hace años.

—¿Qué significación atribuye Ud. a la obra de Manuel Ugarte?

—Creo que la respuesta a esa pregunta no puedo darla yo. Son los jóvenes de América Latina quienes deben revalorar la personalidad y la obra de Manuel Ugarte. Si eso ocurre y un gran movimiento político hace suyas las ideas por las que él luchó, la significación de su obra será inmensa y se lo reconocerá como el intelectual que difundió, en una época de crisis y retroceso, las ideas de los fundadores del país. Pero en tanto su batalla no sea la precursora de la lucha de todo el Continente y sus ideas no sean parte del patrimonio colectivo de estos pueblos, su único valor residirá en haber poseído la verdad, que es tanto más amarga cuanto menos compartida.

Nos despedimos afectuosamente de la señora Ugarte. ¿Responderán nuestros jóvenes compatriotas de América Latina al llamado que a través de esta mujer les ha hecho el gran precursor?

CONTRA LA INTERVENCION EN MEJICO

A la Juventud — Al Pueblo

La Asociación Latino-Americana invita á la juventud y al pueblo al mitin que tendrá lugar el **domingo 22 del corriente á las 3 de la tarde** en la Plaza del Congreso.

La opinión argentina, respetuosa de la autonomía de todos los países, no puede aprobar con su silencio una intervención que lastima las susceptibilidades de la república mejicana al cubrir con su presencia las maniobras del imperialismo Norte Americano.

Consecuentes con la tradicional abstención de la Argentina en asuntos de esta índole, queremos protestar contra toda aventura que lleve al país á una intervención armada, negación de nuestra amistad por Méjico y precedente peligroso para todos los pueblos del Continente.

Queremos á la América latina unida. Respetamos todas las soberanías como queremos que se respete la nuestra.

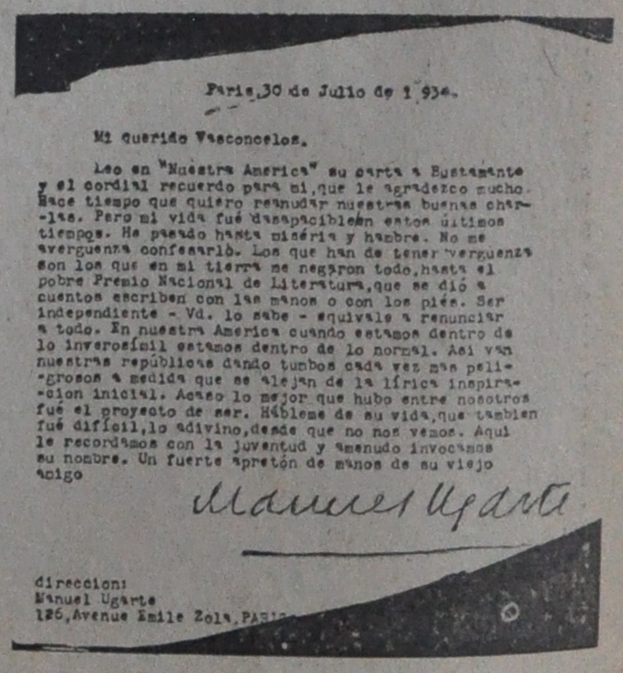
Oradores: MANUEL UGARTE, Ing. AUGUSTO S. LÓPEZ DE GOMARA, EDUARDO MIRANDA GALLINO, B. GONZÁLEZ ARRILI, CÉSAR VELÁZQUEZ.

EL DOMINGO 22 DEL CORRIENTE A LAS 3 EN EL MONUMENTO DE LOS CONGRESOS

Afiche de la campaña Pro-México

UNA PATETICA CARTA

Extraemos del archivo de Manuel Ugarte la siguiente carta del escritor al gran mexicano José Vasconcelos, cuyo contenido juzgará el lector. La señora de Ugarte nos informa lo siguiente: "Los bordes de papel que faltan a la carta enviada a Vasconcelos los aprovechaba Ugarte para sus pequeñas notas. Sus escasos recursos durante muchos momentos de su exilio voluntario no le permitían a menudo comprar papel. En su archivo se puede constatar que escribía en papel de envolver y que utilizaba los sobres usados de la correspondencia recibida, dándolos vuelta, para escribir sus artículos. En esos momentos, "La Vanguardia", órgano de ciertos socialistas, escribía que Ugarte se paseaba por la Costa Azul con un perrito lanudo".



París, 30 de Julio de 1 93[illegible].

Mi querido Vasconcelos.

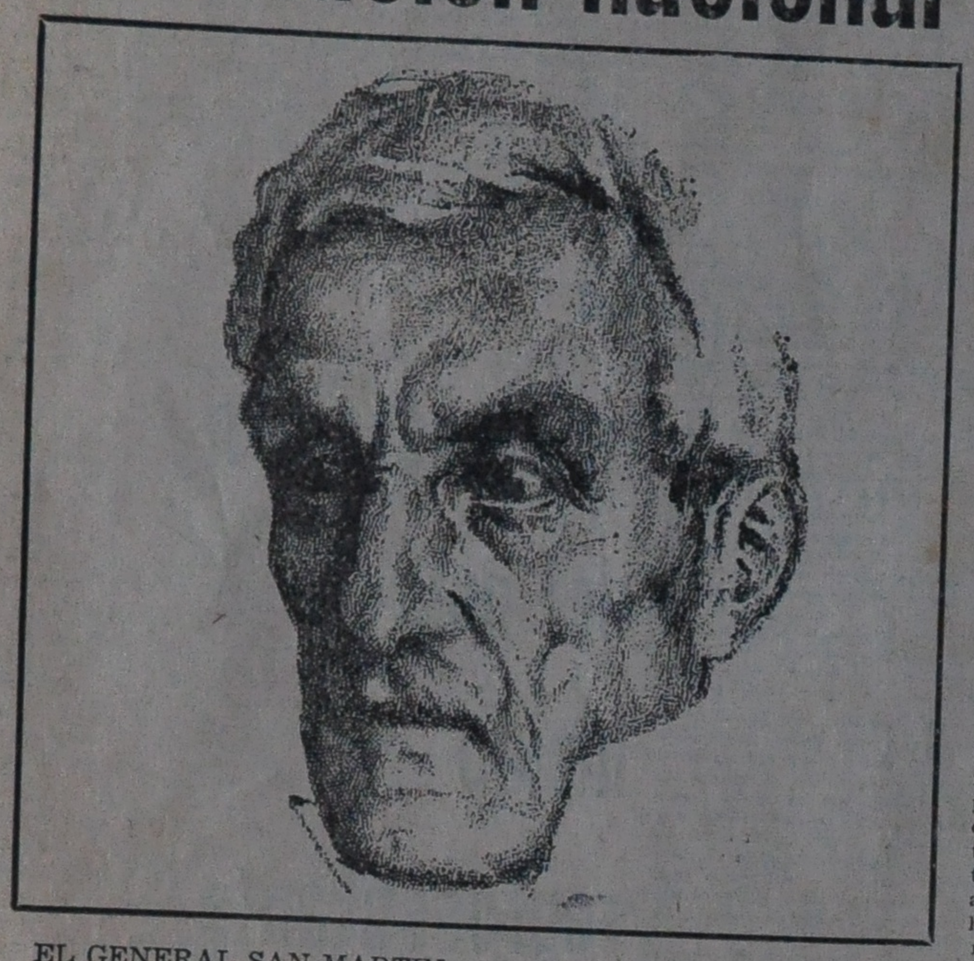
Leo en "Nuestra America" su carta á Bustamante y el cordial recuerdo para mi, que le agradezco mucho. Hace tiempo que quiero renudar nuestras buenas charlas. Pero mi vida fué desapacible en estos últimos tiempos. He pasado hasta miseria y hambre. No me avergüenza confesarlo. Los que han de tener vergüenza son los que en mi tierra me negaron todo, hasta el pobre Premio Nacional de Literatura, que se dió á cuentos escriben con las manos o con los piés. Ser independiente - Vd. lo sabe - equivale á renunciar á todo. En nuestra America cuando estamos dentro de lo inverosimil estamos dentro de lo normal. Así van nuestras repúblicas dando tumbos cada vez mas peligrosos á medida que se alejan de la lírica inspiracion inicial. Acaso lo mejor que hubo entre nosotros fué el proyecto de ser. Hábleme de su vida, que tambien fué difícil, lo adivino, desde que no nos vemos. Aquí le recordamos con la juventud y amenudo invocamos su nombre. Un fuerte apretón de manos de su viejo amigo

Manuel Ugarte

direccion:
Manuel Ugarte
126, Avenue Emile Zola, PARIS

¿SE CONVERTIRA EL EJERCITO EN CASTA PRETORIANA, O SE MANTENDRA FIEL A SU ORIGEN REVOLUCIONARIO?

Política militar y Revolución nacional



EL GENERAL SAN MARTIN. Desde Mendoza, "territorio libre de América", emprendió la campaña de emancipación continental. Entre Buenos Aires y Latinoamérica, optó por la Patria Grande. Fue experto en guerra revolucionaria, no para reprimirla, sino para hacerla. Era un argelino, no un francés. Luchó contra el orden constituído y la tradición "occidental" de la Santa Alianza europea. Prefirió el exilio a "desenvainar la espada" contra sus compatriotas: los cabecitas negras de las montoneras.

La burguesía de los países atrasados ha llegado demasiado tarde a la escena. Unida por mil vínculos al imperialismo, teme al proletariado de su propio país mucho más que a su adversario nacional, al que lo vincula sobre todo su común defensa del régimen capitalista mundial. Las divergencias indudables que separan a la burguesía nacional del imperialismo son rara vez comprendidas por la burguesía, que alimenta continuamente la ilusión de "llegar a un arreglo", de coparticipar de un modo más o menos armónico en el desarrollo de las fuerzas productivas con el poderoso capital extranjero. La burguesía argentina ha crecido no como un resultado "normal" del proceso capitalista clásico, de acuerdo a la versión europea, sino más bien por obra del quebrantamiento histórico del régimen capitalista mundial.

Las crisis guerreras o financieras del imperialismo promovieron, según es sabido, la industrialización de este país; si al principio el tipo de colonización llevado a cabo por el capital británico originó la creación de industrias ligadas a la producción de alimentos, a los talleres de reparaciones y otras muchas vinculadas al tipo de granja y estancia capitalista exigido por el imperialismo, a partir de la primera guerra mundial se produjo una expansión industrial, sostenida abiertamente a partir de 1943, de ramas nuevas de la industria liviana y semi-pesada. Durante el gobierno de Perón, y aunque tardíamente, comenzó la gran empresa de dotar al país de una industria pesada.

Pero sobre todo, esta última no era el producto de la acumulación capitalista, sino de una financiación sui-generis sostenida por el Estado, y dirigida por el Ejército. En este país semi-colonial, los verdaderos pasos hacia la independencia nacional no estaban dados por la presencia de una burguesía nacional, sino por un régimen político de naturaleza bonapartista, que ponía al descubierto el mecanismo de representatividad de las clases en la Argentina moderna.

En efecto, mucho se habla en nuestros días de "burguesía" y de "imperialismo", sobre todo aquellos sectores que por algún malentendido se llaman así mismos de "izquierda". Cuando más radicales son en sus manifestaciones teóricas, menos comprenden la realidad de su país y de su época, y naturalmente, menos revolucionarios son.

Si consideramos el problema en sus justos términos, la burguesía argentina, es decir, aquel sector de la clase dominante ligada al mercado interno en la esfera de la industria, puede dividirse en tres sectores: el sector de la industria de capital extranjero, muy poderoso en cuanto a capital invertido y a la concentración productiva; el sector totalmente nativo, pero que sigue dependiendo del imperialismo en cuanto a la provisión de materias primas, utilaje y maquinarias, sin hablar de la condición de extranjeros de muchos de sus dirigentes o de la escasa conciencia política de sus intereses; y el grupo directamente vinculado a la construcción de la industria pesada.

Hasta hace poco tiempo, este último sector estaba compuesto ante todo por los ingenieros militares, en representación del Ejército, de acuerdo a las estipulaciones de la Ley Savio, aprobada por el parlamento peronista, y que ahora reivindican sospechosamente los apoyos pro-británicos que se opusieron a su sanción. En definitiva, y sin entrar ahora en el análisis de las modificaciones a la Ley Savio, que autorizan la participación de capitales extranjeros y que examinaremos en próximos números, era evidente que el único sector de la industria nacional auténticamente argentino por su conciencia, su fuerza y sus objetivos era la industria pesada dirigida por el Ejército.

En los sectores industriales de capital imperialista lo único nacional es la clase obrera, en tanto que en los grupos industriales de capital nacional, la subordinación de la burguesía argentina a la provisión extranjera priva a sus representantes de la independencia política necesaria para comprender los problemas nacionales; quede bien claro entonces que cuando se habla de "burguesía nacional" se expresa una abstracción y que solamente cuando nos referimos a la industria pesada estamos aludiendo al grupo realmente nacional.

Por eso importa señalar, aun brevemente, la función desempeñada por el Ejército en los países semi-coloniales, y en este caso, en la Argentina. Así como el imperialismo modeló la economía argentina, también estableció firmemente el comportamiento y las limitaciones de los partidos políticos contemporáneos. De una manera u otra, todos los partidos, desde la izquierda a la derecha, reflejaron esa subordinación colonial, y la naciente burguesía, a su vez, encontró voceros aislados en todos ellos, sin poder pesar decisivamente en ninguno.

El Ejército intervino en política en 1943 precisamente por esta carencia de órganos políticos que representasen los intereses nacionales en toda su amplitud, pero si expresó intereses postergados de la burguesía industrial, sólo pudo hacerlo a través de la movilización obrera y popular del 17 de octubre de 1945, satisfaciendo así aspiraciones de las grandes masas. El Ejército ejerció un papel liberador, destruyendo de manera revolucionaria la maquinaria partidaria, institucional y periodística de la vieja oligarquía pro-británica. Si el contenido de su política era "burgués", no lo era por la participación de la propia burguesía, que nunca gobernó ni tuvo jamás la menor influencia directa en la conducción de los asuntos públicos, ni antes ni después de 1945.

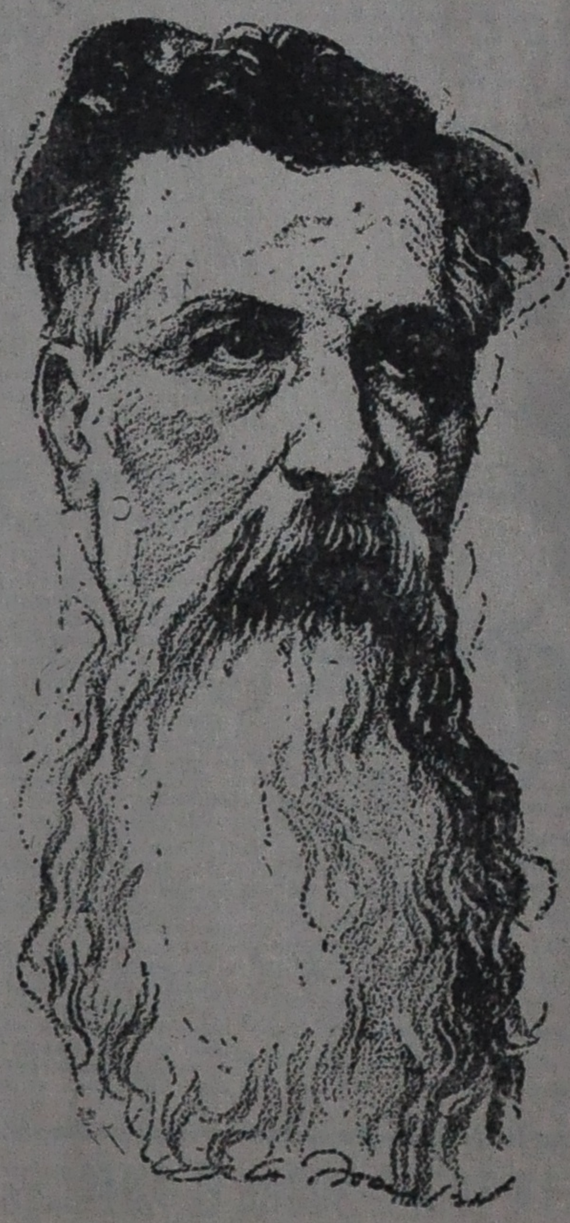
En síntesis, queremos significar con lo dicho que cuando los seudo izquierdistas se refieren a la "burguesía", como presunta titular del movimiento nacional, "que habrá de traicionar", cometen una deliberada falacia. El movimiento nacional lo encabezó el Ejército y lo sostuvo la clase obrera y las masas populares, incluyendo sectores de clase media y también fracciones de la burguesía nacional. Si el Ejército pudo cumplir esa tarea fué por la condición de sus miembros "profesionales del patriotismo", ajenos a los intereses del capital extranjero y también por todos los valores de índole superestructural que se vinculan estrechamente con la tradición argentina.

Pero ese "factor de poder" no suprimía la estructura de clases en la sociedad argentina. El Ejército se encontró ante la perspectiva de una verdadera lucha revolucionaria que no terminaba en 1955, sino que en realidad comenzaba. Y su jefe, el general Perón, prefirió retirarse del poder sin lucha, a proseguir resueltamente la revolución que había encabezado en periodos de prosperidad. Esta es la verdad, aunque no es todo cuanto podría decirse al respecto.

Se trata de un tema vasto y punzante que merece considerarse más ampliamente. Volveremos sobre el asunto.

EL DERRUMBE DE LA UCRI SEPULTA A SU ALA GEMELA, EXPRESION DE LA PEQUEÑA BURGUESIA SEMICOLONIAL

CATASTROFE EN LA U.C.R.P.



EL PADRE del Radicalismo del Pueblo. Suministró al mitrismo portuario los contingentes "populares" de las orillas bonaerenses. Combatió la unidad nacional oponerse a la federalización de Bs. Aires. Secundó a Mitre en el 90 y en el 91. Su lucha contra Yrigoyen fue la lucha entre el democratismo rosa, que en los hechos pacta con los peores enemigos del país, y la revolución popular argentina, encarnada desde los últimos años del siglo pasado por el futuro primer presidente popular argentino.

La prensa argentina ha "agotado" el análisis de las últimas elecciones en la Capital Federal y en Mendoza. Cada comentarista, "números en mano", demostró lo que, casualmente, deseaba demostrar. Pero un gran silencio se hizo en torno al problema fundamental: la identidad del gran derrotado.

Es muy fácil "descubrir", por ejemplo, que el pueblo votó contra el gobierno, contra el plan Alsogaray, etc. Pero, bien mirado, el gobierno no tiene mucho de qué quejarse. Dispone de algunas situaciones provinciales relativamente firmes, es minoría en otras como la provincia de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, constituye, por esos mecanismos combinatorios del sistema "representativo", la segunda fuerza electoral nacional entre los partidos con personería. Por lo que son, por lo que valen, por lo que representan, por lo que suman, pueden manifestarse muy satisfactorios los señores del gobierno.

No son ellos el gran derrotado, sino el Radicalismo del Pueblo. Pierden aún allí donde resulta más difícil perder que ganar. Simbólicamente, los dos grandes derrumbes ucristas —Mendoza y Capital— constituyen, simultáneamente, dos grandes derrotas del radicalismo del pueblo, que en amoos distritos queda en situación de minoría. En la Capital Federal, por añadidura, el decrecimiento electoral de los "del pueblo" ha sido constante desde los comicios de 1957.

Una mayoría que se desvanece

Y esto sucede con un partido que, bajo las actuales condiciones de farsa "representativa", a lo menos que podría aspirar es a una holgada e indisputable mayoría, tanto más cuanto el conservadorismo parece impedido de constituirse en una fuerza electoral de envergadura nacional.

Nadie se ha preguntado la causa de este descalabro, de esta muerte por inanición, y esto también puede explicarse. En efecto, la pregunta pondría al desnudo la quiebra histórica definitiva de esa variante popular del liberalismo oligárquico que fué el alma de la Unión Democrática que es aún hoy el alma de las izquierdas tradicionales empezando por el Partido Comunista, y que desciende, directamente, de los frentes populares de la década del 30.

Estos radicales del pueblo son el radicalismo yrigoyenista amansado por el alvearismo de la década infame, son el viejo yrigoyenismo pero desprovisto de su nervio nacional-revolucionario y reducido a la incolora pulpa de un democratismo a la "troisiéme Republique".

Los alvearistas pierden el tren

Pero la desgracia para ese radicalismo (y la suerte para el país) estriba en el hecho de que la crisis argentina no consistía en el antagonismo entre buenos y malos, entre "democráticos" y "autoritarios", sino en una situación semicolonial intolerable para el pueblo, y que, afincado en poderosos intereses oligárquicos, sólo podía sacudirse a través de una enérgica movilización revolucionaria.

El 4 de junio, estos radicales que hoy son "del pueblo", marcharon en delegación a la Casa Rosada para felicitar a Rawson. Esperaban de él un poder que no habían sabido arrancar a la oligarquía apelando a la lucha de masas. Recibieron el trato que merecían: no fueron recibidos. Hubo que esperar doce años, hasta el cuartelazo del 55. Pero ahora estaba Lonardi y su cohorte nacionalista. Llegó el 13 de noviembre, que ellos, desde luego, apoyaron, sólo para toparse con una nueva espera que se prolongaría hasta el cambio de gabinete de 1957. Alconada Aramburú, el incógnito radical, encabeza el retorno al poder.

Pero como esa gente que pasa veinte años apostando a un número de la lotería, y renuncia a jugarlo el día que el número sale, así también los radicales del pueblo "erraron el tiro". Se jugaron la carta de la candidatura oficial y Frondizi les ganó la presidencia, todas las gobernaciones y todas las mayorías parlamentarias: diputados, senadores, legislaturas provinciales. Había que esperar a que Frondizi se desinflara, lo que sucedió con la rapidez que era de prever. Y ahora, ahora, en el mágico instante del "por fin solos", aletea un vaticinio siniestro, llamado derrotas en la Capital y Mendoza

La pequeña burguesía radical se reorienta

El asunto no tiene misterios. La pequeña burguesía que constituye la fuerza del radicalismo del pueblo: chacareros, tamberos, pequeños hacendados, comerciantes de ciudad agraria, profesionales, empleados, jubilados, pequeños rentistas; la alta clase media y los sectores de la burguesía comercial portuaria que son la falange del unionismo; todo ese conglomerado asumía importancia y fuerza decisoria cuando la Argentina era una típica semicolonia. Esa clase media dependiente de nuestra posición semicolonial anterior al 4 de junio, se oponía a la oligarquía en lo referente al reparto, pero se encontraba cómoda en los cuadros tradicionales de la dependencia argentina. Era democrática y liberal. Se sentía mayoría y buscaba el "dejar hacer". Se horrorizó ante el industrialismo, la protección, el intervencionismo económico y político, la clase obrera y los sindicatos. Ahora, desprovista de soluciones propias para un país al que no representa, sus líderes son librecambistas si gobiernan fuerzas proteccionistas nacionales, y son "nacionalistas" si gobiernan los cipayos. Sus símbolos están gastados

En realidad, los dos radicalismos están unidos por un secreto cordón umbilical: Frondizi pone en marcha el programa de desarrollo en el único sentido que le es posible hoy a la burguesía: negociando sin condiciones con el imperialismo. ¿Y qué papel desempeñan entonces los radicales del pueblo? Representan el papel de "no entregarse" (¡son los opositores!) dentro del marco de la burguesía. Es decir, en suma, cumplen el papel de salvarnos de la entrega defendiendo nuestro atraso. Pero como nuestro atraso se llama dependencia semicolonial, agrícola-ganadera hacia Gran Bretaña, el radicalismo del pueblo canjea "industrialización" pro-yanqui por colonialismo rural pro-inglés.

Los verdaderos derrotados

Por eso, el fracaso y descrédito del gobierno de Frondizi, no afecta seriamente a ese gobierno sino a los partidos de la burguesía en su conjunto y, en primer lugar, a ese radicalismo del pueblo que, para eludir los males del presente, no tiene otra receta que hundirnos en la ignominia del pasado. Al derrotar a Frondizi, el pueblo derrota, en primer término a la comparsa de los Balbín, Perette, Zavala Ortiz y Sanmartino, que han llegado al extremo de que la derrota ajena los golpee a ellos en primer término.

No quiero que se pierda este cuento que Santiago Arcos refería con su gracia sin par.

Estaba en el Paraguay, el año 1842.

Caminaba por la calle y un hombre se le acerca y con aire misterioso le pregunta al oido:

—¿Viene de Europa?

—Sí, señor.

—¿Y cómo queda el señor D. Carlos IV y el príncipe de la Paz? (El interlocutor había sido guardia de corps, en tiempo del rey, y a pesar de lo que había pasado, se mantenía fiel vasallo).

—Al rey lo destronaron, y a Godoy le quemaron el palacio.

—¿Es posible, señor?

—Sí, señor.

—Y el emperador Napoleón, señor, ¿vive aún?

—Lo derrotaron en Waterloo y murió en Santa Elena.

—¿Lo derrotaron en Waterloo a Napoleón y murió?

—Sí, señor.

—Y, por supuesto, ¿la Europa queda siempre río Paraguay abajo?

—Sí, señor, siempre río Paraguay abajo.

Y con esto el paraguayo siguió su camino asombrado de que tantas cosas extraordinarias hubieran sucedido sin haberlas sabido antes de 1842.

Lucio V. Mansilla

El pensamiento socialista de la izquierda nacional

LA IZQUIERDA NACIONAL EN LA ARGENTINA, por Alberto Methol Ferré

Un brillante estudio sobre la formación del pensamiento marxista en la Argentina, sus orígenes, sus representantes, su interpretación de la política, la economía y la historia nacional.

JUAN B. JUSTO O EL SOCIALISMO CIPAYO, por Jorge Enea Spilimbergo

Es una obra fundamental y demoledora sobre el maestro del socialismo amarillo y cipayo, su dependencia de los mitos imperiales, y su ignorancia sobre la cuestión nacional y la clase obrera.

EL IMPERIALISMO EN EL RIO DE LA PLATA, por Vivian Trías

Una interpretación marxista de la historia del Uruguay y de los orígenes del imperialismo en el Plata que suscita fecundas reflexiones.

$ 30 el ejemplar

EDITORIAL COYOACAN

Distribuye: Librería del Mar Dulce, Córdoba 1354, Bs. Aires

TEXTOS

• El miedo a ser "pesados" es el pretexto con que el periodismo político de los últimos años busca eludir los problemas fundamentales. La oligarquía desprecia la capacidad intelectual de los trabajadores e ignora su esfuerzo por orientarse correctamente en la realidad argentina. Destinaremos la presente sección a transcribir textos clásicos de interés teórico permanente, con el ánimo de contribuir al proceso de la clarificación ideológica de Argentina y América Latina.

JUAN ALVAREZ

Nota crítica

CON su libro "Las Guerras Civiles Argentinas", publicado en 1912, Juan Alvarez (historiador, magistrado, procurador general de la Nación hasta 1945) inicia la historia científica de nuestro pasado. Tras las huellas de Alberdi, Juan Alvarez se propone investigar las guerras civiles argentinas desde el punto de vista de las fuerzas sociales operantes, sin dejarse influir por un idealismo metodológico que ve en la historia una lucha entre principios políticos y morales, prescindiendo de los intereses de clase que aquellos principios, con mayor o menor claridad, expresan.

En su importante obra, el autor examina los efectos de la penetración capitalista británica desde principios del siglo XIX, el arrasamiento de la artesanía interior por la competencia de los productos a precio comparativamente ínfimo de la industria inglesa. Estudia el proceso de concentración de la propiedad de las tierras en pocas manos de particulares, que constituyen la poderosa burguesía terrateniente. Examina las contradicciones regionales que se encarnarán en las banderas de unitarismo y federalismo.

El capítulo que aquí transcribimos es un examen medular de lo que Marx llamó la colonización sistemática, cuya esencia es la siguiente: en los países de alto desarrollo o de población abundante, donde ya la tierra está repartida y los medios de producción monopolizados, el trabajador se ve obligado —sin necesidad de compulsión jurídica— a vender su fuerza de trabajo o someterse a cualquier otra forma de explotación económica.

Por el contrario, en aquellos otros (como la Argentina de la primera mitad del siglo XIX) en que la naturaleza aún permanece libre, las clases dominantes se encuentran ante la dificultad de explotar la fuerza humana de trabajo. Recurren entonces a medios artificiales, especialmente dos: por un lado, aceleran el monopolio de la tierra con el fin de asignarle un precio teórico que impida independizarse al hombre de trabajo. Por el otro, obligan a éste a asalariarse, bajo presunción, en caso contrario, de ser tenido por "vagabundo", sorprendente figura delictiva que merecerá la prisión o la leva forzosa con destino a los contingentes de fronteras. De esta manera, en la Argentina, el antiguo gaucho libre es transformado, brutalmente, en peón de estancia, o condenado a extinción y muerte en el fortín o la cárcel. Es la dramática historia inmortalizada por Hernández en su "Martín Fierro".

A pesar de sus aspectos siniestramente inhumanos (que nada tienen que ver con la dorada épica del "progreso" entonada por los asalariados de la historiografía mitrista) el cambio que incorporó al gaucho a un orden social productivo estable, significó un importante avance histórico. La industria y el proletariado modernos en la Argentina, por ejemplo, serían impensables sin aquella dolorosa transición.

Pero, brevemente, queremos apuntar dos salvedades: 1º) La forma que asumió aquel proceso —despiadada y antinacional— no puede considerarse inevitable, ni, por lo tanto, exculparse a la oligarquía rapaz que lo condujo; 2º) Su resultado no fué la instauración de una economía capitalista sino colonial, es decir, una economía agraria, de monocultivo, complementaria de la economía inglesa, a la que suministró un suplemento de vida capitalista, gracias al saqueo (entre otros) de nuestro trabajo nacional.

Próximamente, la Editorial COYOACAN reeditará la importante obra de Juan Alvarez, jalón indispensable de nuestra historiografía científica, de la que hemos escogido un fragmento significativo para los lectores de POLITICA.

LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

por Juan Alvarez

La interpretación del más lúcido representante de la oligarquía

EL ALZAMIENTO DE LOS GAUCHOS, FRUTO DE LOS CAMBIOS INTRODUCIDOS EN EL SISTEMA GANADERO

ASÍ como la caza y la pesca mantuvieron escasa población mientras los indios ocupaban el litoral, el sistema ganadero de los gauchos impidió la agrupación de muchos habitantes. Es esta una verdad insuficientemente difundida. Según Azara, a principios del siglo XIX, 10.000 cabezas de ganado vacuno requerían el cuidado de un capataz y 10 peones, los que, dedicados a ese oficio, producían al año millares de pesos más que si hubiesen aplicado sus esfuerzos a sembrar trigo. Lastarria publica un cálculo de 1802, con arreglo al cual un capataz y cuatro peones bastaban para atender 4.000 ó 5.000 cabezas sobre 3 leguas cuadradas. Robertson trae cifras parecidas, y todas ellas coinciden más o menos con las de fecha posterior, correspondientes a un período en que se conservaban aún estancias del tipo antiguo. Moussy (1860) habla de 2 peones por cada 1.000 cabezas; Avellaneda (1865), un capataz y 2 peones por legua; Latham (1866), asigna 4 hombres a la misma extensión, para vigilar la hacienda ovina.

Hoy mismo, tratándose de producir carne solamente, una legua cuadrada dividida en cuatro secciones, se atiende con 4 peones. Puede admitirse pues, que hacia 1810 hacen falta 1.000 Has. para dar ocupación permanente a una familia. De mayor rendimiento que la agricultura, el sistema ganadero era, a su vez, resultado de causas inevitables por entonces; regiones competidoras más próximas a los mercados de gran consumo, dificultad en los transportes, falta de telégrafos, ignorancia de preservar los cueros por largo tiempo, etc. Hubo también una causa evitable: España obligaba a los frutos del país (rioplatenses) a tocar en puerto español antes de entrar a otros países europeos, y les cobraba derecho de entrada y salida, además de lo que ya hubieran pagado en Buenos Aires.

Mil Hectáreas para dar trabajo a una sola familia

Según Lastarria, mientras el derecho de importación en Cádiz ascendía a 185 reales vellón por cada 100 cueros, en Hamburgo llegaba sólo a 125, y a 108 en el Havre. Cada pieza que, llevada directamente a este último puerto, hubiera podido venderse por cuatro pesos fuertes (o cuatro y medio en Hamburgo), debía cederse por tres, con arreglo a los precios españoles. Como resultado de todos esos factores, el Río de la Plata recibía poco más de un peso por cuero. No pudiendo los hacendados americanos modificar la legislación, procuraron violarla por medio del contrabando, y disminuyeron la parte destinada a pagar mano de obra. Cuanto menos personas trabajaran en producir los cueros, tanto mayor margen quedaría a quienes vivían de venderlos. Incorporábanse, pues, al sistema, la despoblación y la escasísima inversión de capitales tan característicos de las Pampas del Virreynato. Por falta de máquinas y transportes perfeccionados, la agricultura exigía cantidad de brazos. No los hubo.

Sufrió también una traba que hoy no mantenemos, causa por entonces de la desvalorización de los cereales. El poder municipal, velando por que no encareciese el pan, le fijaba precios periódicamente, e impedía así que el alza del trigo en los países extranjeros alterase los valores locales. Amargas quejas de los labradores pintan desde la Representación de 1793 el efecto desastroso producido sobre la agricultura rioplatense por el extraordinario contento de las gentes cuando en Buenos Aires se daban por medio real dos panes. Empero, a pesar de esos reclamos, no prosperó el proyecto de permitir libremente la exportación cuando la fanega de trigo valiera en plaza menos de cuatro pesos plata, y sólo por excepción, estando a pesos 2,50 ó 3, permitióse el envío de algunos cargamentos al Brasil y La Habana, en años de extraordinaria abundancia. La carestía de los cercos antes de idearse el alambrado, hizo que el límite de los campos quedara impreciso donde no hubo arroyos que lo fijasen; y así, encontráronse grandes rebaños de vacas y caballos insuficientemente custodiados, al alcance de cuantos no hallasen ocupación o no quisieran tenerlas.

Parece una paradoja hablar de exceso de brazos en los albores del siglo XIX; pero con sólo recordar el escaso personal permanente exigido por las estancias, resulta natural que, durante muchos meses del año, quedaran sin trabajo los millares de personas accidentalmente empleadas en la yerra, la esquila o el levantamiento de las pequeñas cosechas. Algunos tornábanse al interior, de donde vinieran; otros reanudaban en la ciudad sus tareas habituales; y los restantes no tenían cosa especial que hacer en paraje determinado. Acostumbrados a la suavidad del clima y la abundancia de los ganados, una semana después de abandonar el trabajo nada quedábales por gastar del único salario del año: plantaban un rancho, sobre las tierras del Rey, desjarretaban los toros que ponían se a tiro, y procuraban arreglarse con lo que el pulpero más próximo pagara por los cueros.

Lejos de la ciudad, los ganados vinieron a ser algo así como "res nullius", frutos de la caza, propiedad colectiva que no lograban impedir los reiterados bandos de cabildos y gobernadores. De este modo, la Pampa tuvo algunos dueños teóricos, herederos de las viejas mercedes reales o hábiles acaparadores de tierras públicas; pero apareció de valor mientras las vacas se vendieron a 2 pesos plata y sobró campo donde instalarse para cazarlas. Nuestro país llegó, pues, a disponer de carne y tierra barata; con buenas cosechas la intervención de los cabildos produjo también pan barato; y no se tuvo más, porque con una familia por cada mil hectáreas era un sueño pensar en organizar la policía, la higiene, la instrucción pública y la justicia en las campañas. Para reunir en una escuela rural cincuenta niños hubiera sido preciso buscarlos sobre veinte leguas cuadradas.

Los elementos del confort procedían del extranjero y para adquirirlos sólo se dispuso de aquellos frutos de la ganadería susceptibles de ser vendidos sin encarecer la alimentación local. Acabo de explicar cómo la legislación impidió prácticamente vender trigo al exterior. Es lógico, como consecuencia, que bajo semejante régimen, los campesinos del Río de la Plata no alcanzaron un tipo de civilización recomendable. "Los peones o jornaleros —explica Azara en su conocida Memoria— no gastan zapatos; los más, no tienen chaleco, chupa, ni camisa y calzones, ciñéndone los riñones con una jerga que llaman chiripá; y si tienen algo de lo otro, es sin remuda, andrajoso y puerco, aunque nunca les faltan los calzoncillos blancos, sombrero y poncho para taparse, unas botas de medio pie que sacan de las patas de los caballos y vacas. Sus habitaciones se reducen generalmente a ranchos o chozas cubiertos de paja, con los palos verticales, hincados en la tierra, y embarradas las coyunturas, sin blanquear, y los más sin puertas ni ventanas, sino cuando mucho de cuero. Los muebles son, por lo común, un barril para el agua, un cuerno para beberla, y un asador de palo; cuando mucho, agregan una olla, una mesita y un banquito, sin manteles, y nada más, pareciendo imposible que viva el hombre con tan pocos elementos y comodidas, pues aun faltan camas, no obstante la abundancia de lanas...

Las mujeres van descalzas, puercas y andrajosas, a semejanza en todo a sus padres y maridos, sin coser ni hilar nada. Lo común es dormir toda la familia en el propio cuarto... Por lo que hace a instrucción, auxilios temporales y espirituales... no llevan mucha ventaja a los indios infieles. Sus asquerosas habitaciones están siempre rodeadas de montones de carne podrida, porque desperdician cuadruplicado lo que aprovechan... Sus capitales son una inclinación a maltratar animales..., repugnan toda ocupación que no se haga a caballo y corriendo, jugar a los naipes, embriagarse y robar...

La oligarquía bonaerense difunde la barbarie

Más que la naturaleza, fué el sistema real quien produjo tales hombres. Al cabo de dos siglos, la experiencia pudo tenerse por concluyente, y planteó el terrible dilema que afrontaron, conscientemente o no, los primeros gobiernos argentinos, al iniciarse la guerra de la independencia: o resignarse a ese tipo de civilización y dejar que la ley continuara impidiendo a los hacendados obtener por sus frutos los precios pagados por los consumidores del exterior, a fin de conservar la baratura local de la carne, el pan y la tierra; o aspirar a un tipo superior de cultura, dejando que el libre cambio encareciera tales artículos. La *Representación* de los labradores, la de los hacendados en 1793, la propaganda del *Telégrafo Mercantil* y del *Semanario de Agricultura*, constituyeron los preliminares de la gran lucha.

Iniciada en 1809 por el virrey Cisneros que concedió permiso para comerciar directamente con Inglaterra, quizá no haya tenido otros compases de espera que los señalados obligatoriamente por los bloqueos, la guerra, las aduanas interiores ideadas por las provincias, los derechos de tránsito, y el alzamiento de los ganados a consecuencia de sequías o accidental falta de brazos. El decreto de Cisneros, al transformar en negocio lícito lo que antes se obtuvo por medio del contrabando, dejó sin ocupación a los muchos gauchos que vivían de afrontar sus peligros, y esta situación se consolidó meses después, al pasar el gobierno provisional a manos de una junta que representaba la tendencia librecambista, y rebajó los derechos de exportación. Sin embargo, mientras lo más importante de un novillo fuese el cuero, la carne seguiría barata y podrían los gauchos reputar insulto si se ofreciese por ella paga en las campañas; había que tirarla sencillamente. Tocó a un hecho nuevo modificar la situación. Desde años atrás, el Rey había procurado la exportación de carnes secas y saladas, sin obtener gran éxito porque sobre ese comercio, como sobre los demás, pesaban múltiples restricciones. Aliviadas éstas con la Revolución de Mayo, resultó mucho más ventajoso que antes el negocio de los saladeros y los gobiernos procuraron darle impulso.

Ocurrió, entonces, que lo más importante del novillo fué la carne, y hubo que discutir si la seguirían comiendo gratis los gauchos del litoral o si debía ser vendida, en provecho de los hacendados, a los propietarios de esclavos del Brasil, Africa y las Antillas. El sistema de cazar vacas sin otro cargo que el de entregar los cueros al propietario de la estancia iba a ser substituído por el de trabajar algunos meses en el saladero y comprar con el jornal la carne que pudiese, al precio marcado por los consumidores del extranjero. La salazón de carnes requería cierto capital, y no se pensó reconocer a los peones como socios. El 15 de mayo y el 7 de octubre de 1812, el gobierno argentino, llevando adelante su nueva política económica, declaró libre de impuestos la carne destinada al exterior, y, al mismo tiempo, gravó con un derecho de 4 reales (20 % más o menos) la que se consumiese en el abasto del país.

Roto el dique, los precios mundiales comenzaron a buscar su nivel y bien pronto quedó atrás su antiguo valor de dos pesos plata por cabeza. Arrecióse al mismo tiempo el rigor contra los gauchos que persistían en sus hábitos anteriores, hasta llegar el decreto del 30 de agosto de 1815; todo hombre de campo que no acreditara ante el juez de paz local tener propiedades, sería reputado sirviente y quedaba obligado a llevar papeleta de su patrón, visada cada tres meses, so pena de conceptuársele vago. Importaba también vagancia para el sirviente transitar el territorio sin permiso del mismo juez. Los así declarados vagos sufrían cinco años de servicio militar, o dos años de conchabo obligatorio la primera vez, y diez la segunda, en caso de no resultar aptos para las fatigas del ejército.

Los campos del Uruguay, desde el río Negro hasta la frontera portuguesa, venían desde mucho tiempo atrás manteniendo una población de contrabandistas e indios rebeldes a la autoridad, y semejantes, por sus métodos de vida, a aquellos mamelucos brasileños que iniciaron las montoneras contra las primitivas misiones guaraníticas. Cometióse el error de interesar a esos hombres en la guerra contra España, y lo aprovecharon para saquear las estancias que atravesaban organizados en ejército. Tales núcleos, esporádicos en un principio, constituyeron muy luego el eje de la sublevación de los gauchos, a quienes hería el nuevo estado de cosas. En el campamento ni faltó comida, ni se exigió trabajo, y la ocupación de las primitivas montoneras, más que guerrear, fué cazar vacas.

Otro triunfo porteño: la Ley de Vagancia y el Permiso de Tránsito

El triunfo aleatorio ofrecía, además, perspectivas de grados militares o empleos públicos rentados, harto más ventajosos que el jornal ofrecido por los saladeristas y estancieros.

Hacia 1816, una mejora de orden científico aumentó la valorización comenzada: hallóse el medio de conservar indefinidamente los cueros por medio del arsénico y así, con las campañas en desorden, llegó el año 1817 en que los novillos cotizábanse a 7 pesos plata, esto es, casi a los precios que hemos conocido en 1887, bajo la presidencia de Juárez Celman. No sólo el gauchaje, cuantos vivían de salario en las ciudades, quejábanse de la carestía de la carne totalmente nueva en el país. Ante la insistencia del clamor público, Pueyrredón decidió ordenar el cierre de los saladeros. Pero, como podía esperarse, subsiguieron solicitudes, trámites, campañas por la prensa e influencias de todo género puestas en juego por los hacendados y por cuantos comprendieron la ventaja de valorizar nuestros productos exportables. Interin discutían, la orden fué cumplida sólo a medias.

Presionado por sus mismos partidarios, el gobierno inclinóse a creer que bastaría fijar precio a la carne fresca destinada al consumo local y así lo decretó en marzo de 1818. Tocábale encarar por primera vez el fenómeno que aún hoy sigue pareciendo incomprensible para las muchedumbres argentinas.

A decir verdad, no todo fué obra de los saladeros. La guerra contra España había obligado a desguarnecer las fronteras, y acto seguido los indios avanzaron por el norte y el sur apoderándose de millares de vacas y reduciendo muchísimo el territorio explotable útilmente. En 1810 se les tenía a raya en los lindes del Chaco actual; algunos años después caían sobre la misma ciudad de Santa Fe, y gran parte de la provincia de Buenos Aires quedó sujeta al peligro de invasiones al norte del Salado.

El pintor **Ricardo Carpani** evoca en este dibujo la figura poderosa del clásico montonero. Ahora comienza a revalorarse, hasta en el terreno del arte, esa criatura del pasado argentino, exterminada como fiera por la oligarquía, y condenada como "bárbara" por sus historiadores. El redescubrimiento del pueblo armado, que en el siglo XIX defendió su suelo y su honor, es uno de los signos más promisorios de nuestro tiempo. Juan Alvarez, pese a su concepción oligárquica, proporcionó antecedentes para la reconstrucción de la historia argentina.

Los gauchos del litoral, atentos solo a la conveniencia de tener carne, pan y tierra baratos para continuar viviendo en su holganza semisalvaje, eran partidarios, sin saberlo, del sistema restrictivo mantenido por el rey; además, rehuían el servicio regular en los ejércitos patrios. Entre tanto, la Revolución de Mayo había sido hecha por librecambistas, y eran los hacendados quienes suministraban recursos e ideas al gobierno de Buenos Aires, orientado hacia grandiosos planes de civilización y progreso. Prosiguió, pues, la obra momentáneamente detenida. En 1819 hubo permiso para exportar carne, siempre que se pagara en la Aduana un peso plata por quintal. Cambió el gobierno, llegó el año 1820 y, so pretexto de reducirsele a una franquicia local, el impuesto fué suprimido.

Inglaterra fija el precio del trigo argentino

Vino luego la eliminación definitiva de los viejos cabildos que fijaban precio al trigo; y en 1825 el tratado con Inglaterra asentó sobre bases inconmovibles el derecho de estipular libremente los precios entre compradores y vendedores. La ley del 17 de julio de 1823 había vuelto a establecer que ningún peón pudiera conchabarse sin permiso de la policía. Más tarde, Rivadavia derogó el reglamento de Pueyrredón sobre tasa de la carne para el consumo, y declaró libre su venta a partir de 1828. Caído el innovador antes de la vigencia de esta resolución, durante un momento los poderes nacionales volvieron a restringir con impuestos la exportación de carnes; pero el Congreso se disolvió a su vez, y una de las primeras medidas del gobierno provincial de Dorrego fué derogar, en septiembre de 1827, las restricciones creadas en julio. Rosas ensayó alguna vez permitir la exportación, fijando precio máximo a la venta local de carne fresca, sin dar a tal medida el alcance de una política persistente; y, entre tanto, fueron estableciéndose nuevos saladeros, al amparo de las leyes del 30 de julio de 1831 y 7 de diciembre de 1833. Desde entonces, hartas veces hemos vuelto a las prácticas de 1812: liberación de derechos para la carne destinada al alimento de países extranjeros, e impuestos a la carne que consumen los argentinos.

Los montoneros: ¿Caudillos populares o ladrones de ganado?

Parécenos que esta explicación de los hechos permite comprender por qué, desde Artigas a López Jordán, hubo permanentemente en nuestro país millares de hombres descontentos y dispuestos a rodear, con una popularidad que no conoció la guerra contra España, a cuantos se alzaran contra el gobierno autor de las nuevas fórmulas económicas. Ella justifica que el principal aspecto de nuestras querellas intestinas fuese el reparto entre los vencedores del rebaño del vencido, y atribuye un sentido preciso al pacto secreto que terminó la guerra entre Santa Fe y Buenos Aires el 24 de noviembre de 1820, mediante la entrega de 25.000 cabezas de ganado. Frente al lema *la pampa y las vacas para todos*, alzóse el derecho de propiedad individual.

El fenómeno distó mucho de terminar con la Constitución de 1853. Varela, Guayama, y otros oscuros montoneros que desde 1860 hasta 1880 recorrieron diversos puntos del territorio robando ganados, eran la persistencia del gaucho anterior a 1812, acostumbrado a considerar las vacas como simple caza mayor. Las lanzas de estos jinetes nómadas —y lo propio ocurrió con las de los indios, partidarios también de apropiarse de vacas ajenas— no pudieron contra el ferrocarril, el telégrafo, el alambrado y las armas modernas del ejército nacional, lo que habían podido contra el desierto, la carreta y el fusil de chispa, medio siglo antes. Derrotados e inadaptables, murieron en el campo de batalla, o en los calabozos de las cárceles, dejando a su descendencia librada a la tuberculosis y al hambre. En la porfiada lucha sostenida por tres generaciones, los viejos pastores semibárbaros fueron así definitivamente vencidos.

EN EL PROXIMO NUMERO SE PUBLICARA UNA SELECCION DE TEXTOS DE RAUL HAYA DE LA TORRE, SOBRE EL ANTIIMPERIALISMO Y EL APRA

El término "izquierda nacional" se ha puesto de moda últimamente entre los enemigos de clase y sus agentes del P. "Comunista" argentino. No designa un fantasma, sino una realidad tangible: la autoconciencia ideológica del proletariado argentino, en su tendencia irreversible a niveles cada vez más altos de lucha. POLITICA abre el debate sobre el carácter y prespectiva de la izquierda nacional, recabando la opinión de autorizadas personalidades. Inicia la serie el profesor Juan José Hernández Arregui, prestigioso autor de **"Imperialismo y Cultura"** y **"La formación de la Conciencia Nacional"**.

por Juan José Hernández Arregui

IZQUIERDA NACIONAL Y REALIDAD ARGENTINA

● Desde el año 1957, en que el concepto "izquierda nacional" fue lanzado por primera vez, en la Argentina, se viene hablando con insistencia sobre el tema.

La "izquierda nacional" —aparte de antecedentes históricos más lejanos— es el resultado de una confluencia de factores: 1º) La caída de Perón y la ofensiva reaccionaria de la oligarquía y la burguesía industrial pro-imperialista ligadas a Inglaterra y EE.UU. y enfilada contra nuestra independencia económica y el movimiento nacional de masas, a fin de retrotraernos a la situación colonial. El plan se ha cumplido con implacable precisión. *Pero al mismo tiempo, como consecuencia inevitable de las contradicciones del imperialismo, han sido creadas las condiciones de la revolución nacional, en un grado superior al que determinó, en 1945, el ascenso de Perón al poder. El caso de Fidel Castro en Cuba, refleja esta etapa histórica más avanzada de la lucha de América Latina y del mundo colonial en crisis, y de la cual, Perón es un antecedente necesario.* 2º) La aguda crisis —precipitada por el proceso peronista— de las izquierdas sin raíz nacional, que en 1945 resistieron la lucha de los trabajadores argentinos por su emancipación como clase, y en 1955, volvieron a coincidir con las fuerzas antinacionales. Esta crisis, de la cual vastos sectores de la pequeña burguesía adquieren gradualmente conciencia, explica el cisma del Partido Socialista de Juan B. Justo, el triunfo híbrido de Alfredo Palacios —resplandor martecino de una época infame— y anticipa un próximo choque interno entre las nuevas promociones juveniles y los residuos de una tradición partidaria, representada por el propio Alfredo Palacios, cuya misión —puede asegurarse— consistirá en detrandar las ilusiones de una juventud ya nacional, pero aún ligada a la visión portuaria del país que en el orden histórico y cultural le inculcó la oligarquía educadora. Esa misma Argentina de la oligarquía mitrista, que desde "La Nación", acusa de comunista a la joven generación que le dio el triunfo y al mismo tiempo llama a Alfredo Palacios —la oligarquía jamás yerra con sus predestinados— el "gran república".

Izquierda Nacional y Peronismo

El punto de partida de la "izquierda nacional", es pues, la comprensión del contenido nacional y revolucionario del peronismo. La brutal persecución del movimiento obrero, la ilegalidad a que es condenado el partido mayoritario en medio del aprovechamiento cómplice de los partidos políticos apendiculares del imperialismo, *prueba, pese a sus limitaciones, ese carácter revolucionario del peronismo.* En la Argentina, ayer como hoy, el imperialismo no le teme a Sandino o Fidel Castro, en tanto el "fidelismo" actúe en la legalidad y no se ligue al peronismo. Es decir, a la clase obrera. Por eso, una forma hipócrita de servir a la contrarrevolución nacional —y la juventud socialista debe tenerlo bien presente— es glorificar a Fidel Castro en Cuba y denigrar a la clase trabajadora en la Argentina. Tal el caso de Alfredo Palacios, que ahora mismo, empieza a desterrar a Fidel Castro de su vocabulario político, del mismo modo que en 1955 calificó de "turbamulta" al proletariado nacional.

Izquierda Nacional, Católicos y Comunistas

Por primera vez en la Argentina, tanto los católicos como los comunistas, han tomado posición frente a la "izquierda nacional". Las publicaciones católicas, se vienen ocupando del tema, desde que el actual embajador en los EE. UU., doctor Mario Amadeo, en 1956, dio la voz de alarma ante la posibilidad de una "mezcla explosiva de nacionalismo y marxismo" con proyecciones nacionales y latinoamericanas. En el último número de la Revista "Criterio" (1) que refleja el pensamiento de la Iglesia, se aborda específicamente la cuestión —hoy candente en la Argentina— de la "izquierda nacional". Nos concretamos a puntualizar el hecho. Empero, diremos al pasar, que acorde con las nuevas directivas internacionales del Vaticano, el catolicismo argentino se ubica en un plano teórico aceptable, coincidente con la orientación de los jesuitas, y que no por puro amor a la pedagogía, vienen estudiando a fondo el marxismo en lugar de refutarlo con el catecismo. Y es un mérito de los católicos, la exposición objetiva del pensamiento de los hombres más representativos de la "izquierda nacional".

El caso del P. Comunista es inverso. Bajo la creciente presión del pensamiento nacional de izquierda y el malestar de sus bases, descontentas de una conducción partidaria catastrófica, extendida a lo largo de más de treinta años, el P. Comunista, a través de sus órganos oficiales, no ha podido ignorar por más tiempo la presencia de la "izquierda nacional".

El último número de "Cuadernos de Cultura" (2) está dedicado íntegramente al tema. Tampoco analizaremos los diversos trabajos. Sólo diremos: 1º) Que de acuerdo con la táctica del Partido, en la referida publicación —enmarcando dentro de un bajo nivel teórico— mediante la interpolación y mutilación de citas, se procede a la alteración radical de las ideas de los autores comentados. 2º) Que se elude sistemáticamente la discusión de las cuestiones ideológicas de fondo, y en las cuales, la "izquierda nacional" —devolviéndole al marxismo su lozanía crítica— ha cumplido ya una tarea de revisión histórica valiosísima, descubriendo simultáneamente, a través de esta recreación saludable de los problemas nacionales, las entrañas pequeño-burguesas y liberales del pensamiento de los comunistas argentinos tanto como su servidumbre internacional.

Pese a este contumaz desprecio por la verdad, la actitud del P. Comunista, al afrontar la polémica, es a nuestro juicio, positiva. Y esperamos que tal viraje, inicie el reencuentro de este sector de la izquierda con el país, fuera de lo que aquí se trama es del país.

Nuestros críticos internos

Ya mencionamos. El P. Comunista tiene sus simpatizantes. Incluso dentro de la "izquierda nacional". El hecho en sí no es objetable. Pero sí lo es que estos simpatizantes al mismo tiempo militan en la línea nacional, se opongan a toda crítica al P. Comunista. *Esta crítica, desde el punto de vista de la "izquierda nacional", es fundamental.* Tratándose de la nacionalización de las izquierdas, no valen razones estratégicas. ¿Quiénes son, entonces, los que se escandalizan ante esta crítica, y al mismo tiempo simpatizan con nuestras ideas? Los mismos que ayer —lo decimos sin agravios pero sin concesiones— distorsionados por una educación universitaria cipaya, fueron comunistas en abstracto y antinacionales en concreto, los mismos que en 1953 apoyaron a Frondizi, los mismos que en 1955 repudiaron a las masas al grito tribal de "¡Viva la libertad y la cultura!", "¡Libros sí, alpargatas no!". No les reprochamos este error, que al fin de cuentas, fue el de parte de una generación universitaria frustrada que hoy participa de la lucha del pueblo. Pero nos parece inmerecido que abjuren de una promoción de mayor edad, y que, aunque más no sea, en los libros "bien escritos" que la masa no les ha dado las bases teóricas de su tránsito hacia la lucha nacional. Y finalmente, no podemos menos de advertirles a estos "críticos" que si la humildad frente al P. Comunista es mala, la ingratitud es pecado de todos conocido. O sea, una insoportable vanidad. *Nosotros no hemos atacado al P. Comunista por comunista, sino por poco comunista, por deslealtad al proletariado nacional. Esta es la diferencia entre una crítica reaccionaria a la izquierda, y una crítica nacional y revolucionaria. ¡Esta es la diferencia!*

A estos críticos que ayer negaron a las masas proletarias que hacían su experiencia histórica con Perón, y que hoy, condicionadas por esa misma experiencia política de las masas pretenden educarlas, es un deber recordarles que llegan después de la boda.

En resúmen. Una mosca es la crítica necesaria al P. Comunista, como etapa ineludible en la formación nacional de un pensamiento de izquierda, y otra servir a la reacción anticomunista. Tampoco en estos cuestionamos nos embrollamos. Tenemos clara conciencia del problema, justamente por nacionales, porque partimos del país sin perder de vista la situación mundial y no de consignas internacionales para perder de vista al país. *Rusia, en los próximos años, puede ser oída —pero no conductora— de la liberación nacional y latinoamericana. Tal perspectiva, de ocurrir, exigirá la previa nacionalización del P. Comunista. Y esto, aunque lo deploramos, no depende de la "izquierda nacional", sino del propio P. Comunista.*

Organización de la Izquierda Nacional

¿Es posible la organización de la izquierda nacional?

En el citado ejemplar de "Criterio" se lee que "un buen número de intelectuales y políticos (se esfuerzan) por unir el pensamiento marxista con los ingredientes principales del nacionalismo". Y más adelante se agrega atinadamente, que aunque tal fusión no se ha producido, "las opiniones de la [illegible] antes de serio, comienz[illegible] cabezas de unos pocos [illegible]cas...". A renglón seguido convoca a los católicos a no [illegible]alizar esta amenaza y prestar atención a una corriente cuya difusión en la Argentina y Latinoamérica" puede verse favorecida "por la ausencia de ideas con suficiente poder expansivo para contrarrestarlas". Tal misión debe corresponderle a los demócratas cristianos. ¿En qué consiste el pensamiento demócrata cristiano? En el diario "La Nación" (14|2|61) se expone este ideario con relación a la clase obrera: "El más humilde, el más olvidado, el más triste, el más dolorido, ese es el cordero que más cuidado y atención debe merecer de su pastor...".

A pesar de la parábola evangélica:

"Los grandes nos parecen grandes
Sólo porque estamos de rodillas
¡Pongámonos de pie!"

Volvamos al tema. La "izquierda nacional" está hoy en la etapa señalada por "Criterio". Es decir, en la preparación de una acción ideológica de proyección nacional a través de centros organizados y coordinados en todo el país.

¿Un punto de partida?

En otra parte hemos dado una definición provisoria, que aunque revisable, puede ser un punto de partida para la discusión:

"Por izquierda nacional, en un país dependiente, debe entenderse, en sentido lato, la teoría general, aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, y teniendo en cuenta el desarrollo y peculiaridades de cada país, la economía, la historia y la cultura en sus contenidos nacionales defensivos y revolucionarios y coordina tal análisis teórico con la lucha práctica de las masas contra el imperialismo, en el triple plano nacional, latinoamericano y mundial y en este orden".

En el actual momento de la Argentina, creemos que la unión de la "izquierda nacional", sólo puede lograrse sobre ciertos supuestos:

I. Los diversos centros a crearse —obreros, intelectuales, universitarios— ceñirán su acción a una labor exclusivamente ideológica y no partidista. Esta es la única vía para vincular, en una acción conjunta, a hombres y grupos de diversos orígenes sin anular su independencia política.

II. El esclarecimiento de la cuestión nacional debe partir del análisis de la propia realidad argentina y no de realidades foráneas substitutivas.

III La prédica de la "izquierda nacional" debe apuntar: a) A los sectores más avanzados del peronismo, en oposición a las tendencias reaccionarias internas que interfieren la superación teórica del movimiento con el fin de apartar a las masas de su destino revolucionario nacional y latinoamericano. b) A la joven oficialidad del Ejército con vistas a su alianza con la clase obrera. c) Al P. Socialista Argentino, teniendo en cuenta una probable crisis. d) A los sectores independientes de la pequeña burguesía, a la juventud universitaria, etc.

La salida nacional, inevitable en el tiempo, no se hará con una revolución pura, de esas que no inquietan al imperialismo, pues no existen, sino mediante la fusión de fuerzas reales aunque contradictorias, pero interesadas en la liberación nacional. Para la "izquierda nacional", lo primero, es recuperar el país para los argentinos. Y toda alianza de fuerzas con conciencia nacional, que conduzca a tal fin, en la etapa preliminar, es lícita.

IV Toma de posición pública frente a todos los problemas, nacionales e internacionales que afectan al país y América Latina; análisis de los contratos de entrega al imperialismo angloyanqui; desenmascaramiento de una *política de desarrollo*, que únicamente podrá cumplirse previa una revolución nacional recuperadora para la Nación de los controles de la economía argentina, y por tanto, de la soberanía política; denuncia de todos los planes políticos destinados a atomizar el movimiento de masas; unificación del movimiento obrero y la clase media despojada por la penetración imperialista; revisión histórica de nuestro pasado, y señalamiento de la técnica concertada de la oligarquía liberal y el imperialismo, en la deformación de la conciencia nacional, a través de la escuela, la universidad, la prensa a su servicio y la intelectualidad sometida, etc.

Tales algunos de los puntos a esclarecer por un movimiento ideológico de la "izquierda nacional".

El éxito o el fracaso de la "izquierda nacional", su unificación y proyección al movimiento sindical, al Ejército, a la Universidad, no reside en las ideas que la instrumentan y que ya transitan inconexas en la opinión nacional a través de las arterias invisibles con que la historia cotidiana amasa las ideologías. Tales ideas sólo exigen vertebrarse en un programa. Y esto es tarea de sus mejores hombres, de su capacidad para olvidar viejas pasiones y luchas sectarias averiadas por la historia del presente. De la voluntad, en fin, frente al país colonizado, de luchar por la libertad. La "izquierda nacional", en esta hora, depende del patriotismo de un grupo de argentinos. El país los espera.

(1) "Criterio" (Nº 1.372) 1/1961
(2) "Cuadernos de Cultura" noviembre de 1960. Nos reservamos el derecho de contestar a Ernesto Giudice que en el mencionado número falsifica las tesis de la izquierda nacional. En cuanto al señor Samuel Schneider, alto ejemplo de indigencia crítica, sólo le diremos que al todo grande hombre tiene su enano. Héctor P. Agosti tiene sus ensaltos, siendo el más sabihto el tal Schneider. En cuanto a H. P. Agosti, cada día está más nacional. Enhorabuena.

EL FACIL ARTE DE LA PROFECIA

¿Qué hará Palacios en el Senado?

El maestro de la juventud, desde el 900, se ha declarado satisfecho de la elección: tácitamente adhiere a la interpretación de toda la prensa oligárquica de que el triunfo electoral se le debe por completo, que ha sido una justa entre personalidades. Naturalmente, se equivoca. Todos los obreros peronistas que han votado las listas del Socialismo Argentino, y los que no lo han hecho, lo conocen muy bien. Saben que Palacios es un viejo virtuoso del equilibrio: admira al Chacho y a Mitre simultáneamente, para adular a todos los públicos y no perder contactos con los fotógrafos. Saben también que es un hombre consecuente: está de acuerdo con Castro cuando los negros de Cuba fusilan, y de acuerdo con Rojas cuando aquí fusilan a los negros. Saben asimismo que habiendo pertenecido muchos años a un partido pro-británico, predicaba una vez por año la devolución de las Malvinas. Porque Palacios es prudente en las cosas esenciales, e intransigente en las cosas secundarias.

Pero su curiosa victoria electoral es un verdadero canto del cisne. Las bases sociales y políticas del socialismo en la Argentina están perdiendo vertiginosamente sus antiguos pilares, construídos en los tiempos del predominio imperialista en la economía nacional. Por eso el Socialismo Democrático está condenado a muerte, y el tiempo se hará cargo de él. Y el Socialismo Argentino es un típico partido centrista, que está sometido a una crisis perpetua entre el reformismo y la revolución, entre el socialismo puro y el socialismo nacional, entre sus coqueteos con el stalinismo y una resuelta apertura hacia un partido obrero argentino de masas.

¿Y a todo esto, qué hará Palacios? Pues Palacios hará en el Senado lo que ha hecho siempre: jugará la función y la mistificación del caballero; se abrazará con Vicchi, pronunciará homilías hacia los "jóvenes irreflexivos" de su partido (que contribuyeron poderosamente a su victoria), hablará en cualquier momento contra la Unión Soviética, pronunciará algún sarcasmo contra los obreros peronistas, y, llegado el caso, expondrá sus "reservas" frente a la evolución de la Revolución Cubana. Hará lo de siempre: cultivará la benevolencia de "La Nación", a cuya vasta necrópolis espera ingresar algún lejano día, con el mismo jubileo que Mitre.

● Como culminación de su último Congreso nacional, el Partido Socialista Argentino ha condensado su estrategia política bajo la medulosa fórmula de *Frente Obrero*. Con ella aspira a nuclear a trabajadores de la ciudad y el campo, intelectuales, clase media pobre, estudiantes, "partidos proscriptos", sindicatos, etc. En una palabra, toda la constelación del progresismo en uso.

La unidad de la clase trabajadora es una aspiración lo suficientemente intensa y generalizada como para tranquilizar la propia conciencia, invocándola.

Pero el socialismo argentino no se refiere, por ejemplo, a la unidad sindical, como la que se puso de manifiesto durante la huelga de noviembre. El socialismo argentino pretende mucho más que eso: un frente que articule *políticamente* a la clase trabajadora.

Y aquí empiezan las dificultades para una agrupación que aspira a innovar soluciones para la crisis argentina, que pretende diferenciarse de los partidos "burgueses" y que manifiesta haber roto con las corrientes tradicionales.

El Socialismo Argentino en la opción

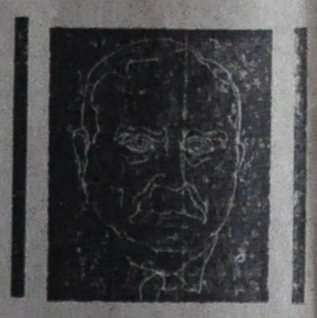
por JORGE E. SPILIMBERGO

¿Frente Obrero sin el proletariado o el proletariado al frente de la revolución nacional?

En 1937, el partido de Repetto se dividió. Al surgir, el Socialismo Obrero fue absorbido y aniquilado por el stalinismo antinacional. Alarmante perspectiva.

CARLOS MARX: Los nacionalistas ignoran que fue el más grande teórico de la cuestión nacional. Los socialistas cipayos, también.

JUAN B. JUSTO: Los jóvenes iracundos del socialismo argentino deben pronunciarse públicamente sobre el inventor del socialismo cipayo, en vez de alcaracnearlo en la intimidad.



De todo, como en botica

¿De qué manera piensa el socialismo argentino articular la acción política independiente y unitiva de los trabajadores?

Reconozcamos que la respuesta no constituye una sorpresa. Dejemos a un lado la fraseología sociológica, la ritual alusión a obreros, campesinos, estudiantes, etc. Lo que se pretende es la unidad de acción con los "partidos proscriptos", es decir, con comunistas y peronistas.

Ignoramos si, en relación a estos últimos, los socialistas argentinos llegarían a tratativas con los dirigentes del justicialismo. Es teórico y da lo mismo. Bástenos entender que se aspira a unir en un frente común de lucha a socialistas, comunistas y peronistas, con especial referencia al peronismo sindical y obrero.

He aquí, pues, la táctica del frente único proletario aplicada a descompás y fuera de tiempo. Es un hecho —se argumentará más o menos— que existen obreros peronistas, comunistas y socialistas. Es un hecho que esta división está arraigada; pero todos convienen en la urgencia de una acción común. Invitemos a todos para negociar el frente único, tomando como base un claro reconocimiento de los antagonismos que nos separan de la burguesía.

Y no se argumente —podría añadirse— que las magnitudes que se pretende unir son profundamente dispares, que el caudal propio de socialistas y comunistas resulta exiguo frente a los peronistas. ¿Acaso se trata de un problema de cantidad, solamente? ¿No cumplen también su función las corrientes minoritarias?

¿Conciencia de clase desarrollada?

Por este camino puede llegarse a un estado próximo a la beatitud angélica si se agrega: comunistas y socialistas representarían en la coalición la conciencia de clase desarrollada, frente al *número*, desempeñado por los peronistas. Pero no queremos juzgar sobre supuestos.

Estamos, pues, en que, por una y otra causa, para el socialismo argentino, peronistas y comunistas quedan en un mismo saco, al menos en este punto: ambos son destinatarios de una amable invitación, un perfumado billete rosa, para "actuar en común", bajo un programa de mesa redonda "anticapitalista y antiimperialista".

¿No sabemos qué rigidez tiene esta exigencia programática (acaso los "programas" no son la "garantía" de seriedad política, que separa el contubernio del acuerdo fundado en "principios"?) No sabemos qué rigidez tiene esta postulación "anticapitalista" dirigida a dos partidos que no se consideran tales. El comunista, porque entiende a su manera lo de "revolución democrático burguesa". Los peronistas, según la doctrina oficial, es la armonía y no la lucha entre las clases lo que debe propiciarse. Pero no nos ahoguemos en un vaso. Tampoco los 13 puntos del MOU, plataforma socialista argentina en las penúltimas elecciones, eran anticapitalistas y, sin embargo...

Un comunismo de la traición

Ya nos hallamos en condiciones de abordar el nudo de la cuestión: *¿qué tienen que hacer los comunistas en la unidad política del proletariado argentino?* Desde 1945, la unidad política de la clase trabajadora *¿no ha sido alcanzada al margen de los comunistas y contra ellos?* Cree el socialismo argentino que son valores intercambiables el proletariado peronista y la diminuta secta stalinista?

La situación queda clara si planteamos la hipótesis extrema, a saber: que una de las fuerzas invitadas *acepte* y la otra *no acepte* la unidad de frente. ¿Para el socialismo argentino (y desde el punto de vista de los principios, es decir, sin examinar siquiera la eficacia táctica) la unidad socialista-comunista es igualmente lícita que la unidad socialista-peronista?

Responder afirmativamente significa anular en forma mecánica tres lustros de desarrollo político argentino. Significa olvidar la historia del movimiento obrero en los últimos quince años. Significa echar en saco roto sus experiencias y malograr sus trabajosas conquistas. Si algún sentido aspira a tener el socialismo argentino para la clase obrera, sólo podrá encontrarlo a partir de este hecho decisivo: que en 1945 se opera el deslinde entre dos tradiciones, una que muere y la otra que nace. Muere la tradición del seudo-marxismo europeísta, que traslada a la Argentina una lucha de clases abstracta, calcada de las condiciones de viejo Continente. Muere el *seudo-marxismo* que sustrae a cuestión obrera de la lucha por sacudir la estructura semicolonial del país, que pacta con el liberalismo oligárquico y se instrumenta a los peores enemigos del movimiento de masas, a los cuales sirve con su crítica "de izquierda".

Nace la tradición que vincula al proletariado con la realidad misma del país, que vincula indisolublemente las banderas sociales con las reivindicaciones nacionales, la justicia obrera con la lucha contra el "régimen", tal como lo entendía Yrigoyen: gobierno y oposiciones cómplices. Vana pedantería es aquella crítica "ilustrada" que pretende descalificar el movimiento por su carácter burgués, o eludirlo, refiriéndose a su *fracaso* del 55, como si un desarrollo histórico estuviera sometido a la limitación de sus etapas transitorias, y la clase obrera llegara de un salto a la plena autoconciencia, sin un proceso inexcusable de contradicciones y superaciones dialécticas.

¿Qué papel desempeña el Partido Comunista en este cambio histórico fundamental? ¿De qué modo los comunistas argentinos colaboran en la gigantesca transformación que convierte a un proletariado marginal en protagonista del proceso histórico? Colaboran sosteniendo a Alvear contra el neutralismo; apoyando el ingreso en la guerra imperialista; inspirando la Unión Democrática; caracterizando como fascista al gobierno de Perón, y obrando en consecuencia; cómplices del 55, y pingües beneficiarios como asaltantes sindicales. Colaboran sosteniendo hoy sus errores de ayer, infamándose hasta la médula con sus infamias de ayer y de hoy.

No les negaremos "izquierdismo" a nuestros módicos "comunistas"; pero es el izquierdismo fósil de una Argentina muerta desde el 45. Son las izquierdas oligárquicas, válvulas de seguridad y cómplices demagógicas de la oligarquía en el poder, de la oligarquía en la oposición.

¿Con Dios y con el diablo?

¿Y es a esa fuerza, profundamente reaccionaria, a la que el socialismo argentino ofrece la unidad de frente? Porque no nos engañemos: bajo el manto común ("a los comunistas, a los peronistas") *se esconde una opción.* Muchas serán las limitaciones del movimiento nacional, grave será su primitivismo organizativo, táctico e ideológico. Es el resultado inevitable de toda etapa incipiente del desarrollo. Pero cuando —no decimos los jefes— las bases de ese movimiento, cuando la clase trabajadora argentina *da la espalda* a los sectarios de Codovilla, no está repudiando el marxismo, el progreso histórico, la lucha de clases. Repudia a los lacayos de la oligarquía, a los agentes de la Unión Democrática, a los mitristas, a los asaltantes de sindicatos, a los impostores de un "obrerismo" que siempre estuvo en la vereda de enfrente, junto a los peores enemigos del movimiento de masas. Repudia a los que, aún hoy, siguen mascando el ritornello del "frente democrático nacional", vale decir, del frente con los liberales gorilas de izquierda, con los Molinas, los Perette y, por qué no, los Zavala Ortiz, llegado el caso.

Comunistas contra peronistas

Invitar, pues, a comunistas y peronistas es invitar a los comunistas *contra* los peronistas, es reunir de palabra y optar contra el proletariado, por una minúscula secta reaccionaria, en los hechos.

No negamos qué tranquilizadora pueda resultar esa opción para cierta gente. Caracterizar sin tapujos al Partido Comunista, mostrarlo como izquierda reaccionaria de la oligarquía —a la derecha de cualquier matiz del peronismo obrero— significa llevar a cabo una autocrítica consecuente del propio socialismo en la Argentina, desde Juan B. Justo hasta la fecha. Significa asumir posiciones inequívocas ante tres o cuatro problemas básicos, que al revolucionario auténtico de la verborrea altisonante que engolosina a los fraseólogos, Significa asumir posiciones ante las dos guerras imperialistas, la Unión Democrática, el 55, el yrigoyenismo y el peronismo como movimientos de masas, los frentes populares, etc.

Por todo lo expuesto, cuando los socialistas argentinos ejercen la opción de unirse a los comunistas, no incurren solamente en un grave error táctico. Se autodefinen como una variante de la antiguas izquierda, como una prolongación "avanzada" del régimen. Y este sería el punto de interrogarnos sobre la razón de ser, entonces, del socialismo argentino.

En brazos del Stalinismo

Porque si todo se resuelve en el empíreo de una izquierda convencional, donde Repetto y Ghioldi han traicionado al "viejo y glorioso P.S.", y Juan B. Justo fue un "precursor", aunque "reformista", y los comunistas le enmendaron la plana con la "dictadura del proletariado", pero después también ellos "traicionaron", y ahora hay que "corregirlos a ellos, resultará al cabo que unos y otros ejercen matices más o menos importantes de una efectiva lucha anticapitalista, y ¿para qué el socialismo argentino si allí está el P. C. con su respaldo internacional y su "representación exclusiva" del bloque socialista?

En apariencia, nada le dice al socialismo argentino el siguiente hecho: que el poderío sindical comunista decrece más rápidamente que el de ninguna otra corriente minoritaria, sin excluir —¡lo que es bastante!— a los propios socialistas democráticos. De manera que, ni aún la conveniencia táctica —salvo que reconozcamos como tal unas decenas de miles de votos comunistas en la Capital, y, entonces, ¿a dónde va a parar el famoso "revolucionarismo"?—, ni la conveniencia táctica, repetimos, milita a favor del famoso frente obrero comunista sin los peronistas.

¿Otra vez la perspectiva del socialismo obrero?

Por el contrario, al pronunciarse por el, el socialismo argentino se autodefine como ajeno al movimiento nacional, se delimita, aísla y separa del movimiento *real* de la clase trabajadora, y entonces sí se entrega inerme, de pies y manos, a la deglución stalinista.

¿Tan pronto se ha olvidado la experiencia del Socialismo Obrero?

Lo que hace diferente la actual situación histórica, lo que garantiza como posible que no se correrá la suerte del socialismo obrero durante la cuarta década, es la presencia del movimiento de masas peronista, en un doble sentido: *primero*, que corrige, con su fuerza magnética, toda predisposición a recaer en variantes del socialismo cipayo, antinacional; *segundo*, que ofrece al socialismo argentino la posibilidad (creemos que remota, en cuanto socialismo argentino) de cumplir un papel histórico en el seno mismo del movimiento de las masas, de erigirse en una alternativa auténtica y trajante de *marxismo nacional*, de expresión consciente de la nueva situación histórica creada desde el 45, frente a la podredumbre y al servilismo oligárquico de las viejas y corrompidas izquierdas.

Ese sí que es un papel histórico. Significa, nada menos, que encarnar en el presente del movimiento de masas su destino último, significa participar en él como elemento lúcido, superador. Porque de eso se trata: de operar como palanca para un nuevo salto cualitativo, para que de su experiencia y de su trayectoria, el proletariado extraiga la fuerza necesaria para dar un paso adelante, para hacer suyos los objetivos históricos socialistas y nacional-latinoamericanos, que están en el entraña misma de la crisis contemporánea. Y todo lo demás es fraseología: todo el llanto por los presos, todo el vocero amenazante, todo el defender revoluciones allá los que no han demostrado saber hacerlas aquí, toda la cháchara de cartón golpeado sobre el "imperialismo", sobre la "oligarquía", sobre pitos y sobre flautas.

Podría replicarse —y aún admitirse— que en cuestiones tácticas no se excluyen ni siquiera pactos con el diablo, que hasta los dirigentes sindicales de las "62" llegan a acuerdos con los comunistas, etc. etc.

Efectivamente. Pero porque en cuestiones tácticas las cosas suelen suceder de ese modo, menos que nunca debe olvidarse cuál es el eje fundamental de toda política revolucionaria: el desarrollo y la clarificación de la conciencia política de las masas. Y para ello, antes que nada, es imprescindible una actitud inequívoca ante esas masas, suprimiendo la menor posibilidad de confusión y de confusionismo.

La perspectiva de un "frente obrero" —definásselo como se lo defina— es, en los actuales momentos, problemática. Si un partido, no obstante, la agita, ello significa que, o bien se equivoca groseramente sobre los hechos, o, en su defecto, toma esa consigna como un instrumento educativo y propagandístico. Aspira a esclarecer con ella y no a confundir.

La valentía moral de delimitarse

Vista desde este ángulo, la propuesta de "frente obrero" no introduce claridad sino confusión, si se la lanza indiscriminadamente, si prescinde de ubicar a los posible destinatarios, de caracterizarlos específicamente, de internar la raíz de sus errores, en una palabra, de situarse dialécticamente en el complejo de fuerzas operantes. Reconocemos que es un duro compromisos para cierta gente el asumir esta imprescindible definición: luchamos en la gran corriente histórica del 45; representamos la claridad ideológica cerca de las contradicciones a que dicha corriente ha sido llevada por el antagonismo entre su estructura bonapartista-burguesa y las necesidades del movimiento de masas; aspiramos, indisolublemente ligados a ese cauce histórico, que se confunde con la clase obrera misma, a actuar como protagonistas en la superación de esa contradicción; desenmascaramos a la antigua izquierda, hostil al movimiento de masas, agente del sistema oligárquico, y la desenmascararemos con tanta mayor claridad cuanto más necesario resulte, en determinados casos, algún tipo de acuerdo *incluso* con sectores de dicha izquierda. Porque no queremos que una eventual aproximación nos contamine como la lepra y nos comprometa, en primer término, ante los ojos de las masas.

Pero al llegar a este punto nos encontramos con el conocido tabú: atacar al P. C. ¿no es hacer anticomunismo? Cierto, hay ataques y ataques. Pero hablamos en serio: caracterizarlo, es decir, descalificarlo, ¿no es hacer anticomunismo?

Quede para otro número desentrañar tan arduo problema de conciencia. ¿Qué responderíamos al que inquiriese si atacar a los socialistas democráticos como instrumentos de la peor reacción no es hacer "antisocialismo"? Le responderíamos, quizás: ¿Queda alguna partícula de socialismo en los socialistas... democráticos? Y si llegara a quedar (!) ¿no es llegado el momento de proclamarse "antisocialistas"... en nombre del marxismo? Pero no hace falta, agregaríamos. *Nosotros* somos *los* socialistas, sobre eso no hay duda, no tenemos ningún "complejo". ladren los perros de donde ladren. Nuestros enemigos, sin faltar uno, son los antisocialistas, se llamen como se llamen.

¿Hay tanta diferencia entre un Américo y un Rodello?

Una gran editorial rioplatense al servicio de la emancipación de América Latina

Cada volumen a **$ 30.– m|n.**

1

LA CUESTION JUDIA
por Carlos Marx

El fundador del socialismo científico esclarece la raíz de clase del judaísmo, de acuerdo al método de "no buscar el secreto del judío en su religión, sino el secreto de su religión en el judío real".

Apéndice de Abraham León

extraído de su importante libro "Concepción Materialista de la cuestión judía"

2

ARTE Y REVOLUCION EN AMERICA LATINA
por Ricardo Carpani

El autor, integrante del grupo "Espartaco" de jóvenes pintores argentinos, pone al desnudo la vinculación del artista con su realidad social y nacional, y la necesidad de que arte latinoamericano exprese la tragedia y el destino de nuestras masas populares.

3

JUAN B. JUSTO Y EL SOCIALISMO CIPAYO
por Jorge B. Spilimbergo

Penetrante análisis de un tema silenciado por las derechas y las izquierdas tradicionales: la subordinación de Juan B. Justo y su escuela política al complejo oligárquico e imperialista.

4

LA IZQUIERDA NACIONAL EN LA ARGENTINA
por Alberto Methol Ferré

Este ensayo, escrito en 1955, presenta al público rioplatense la nueva corriente del marxismo nacional, como síntesis de la tradición revolucionaria de las masas latinoamericanas y del pensamiento socialista de Occidente. Apéndice con ensayos de E. Mignone, J. J. Hernández Arregui, A. Jauretche, M. Sánchez Sorondo y M. Amadeo.

5

EL PASO DE LOS LIBRES
por Arturo Jauretche

Reedición de un libro agotado al poco tiempo de aparecer. En combativos versos que renuevan el hálito del "Martín Fierro", Arturo Jauretche relatala revolución yrigoyenista de 1933, de la que fue actor. Prólogos de Jorge L. Borges y J. A. Ramos.

6

PRO Y CONTRA DE ALBERDI
por Luis Alberto Murray

El Alberdi silenciado por la oligarquía, censor del mitrismo antinacional y de la dictadura portuaria de los unitarios; el que denuncia el carácter agresivo de la guerra del Paraguay y hace justicia a Rosas más allá del mito fabricado por sus vencedores, surge en las penetrantes páginas de este ensayo fundamental.

7

EL IMPERIALISMO EN EL RIO DE LA PLATA
por Vivian Trías

Obra del jóven y vigoroso secretario general del Partido Socialista Uruguayo, alumbra el proceso histórico de su país según la metología de la lucha de clases, poniéndola de manifiesto entre la maraña del bipartidismo "policlasista" de blancos y colorados.

8

LA PATRIA GRANDE
por Manuel Ugarte

Libro a la vez histórico y olvidado, que refleja las luchas de Manuel Ugarte por la unidad latinoamericana contra el imperialismo, desde los días anteriores a la primera guerra mundial.

9

PROSA DE HACHA Y TIZA
por Arturo Jauretche

El fundador de FORJA reúne en este tomo un conjunto de semblanzas de argentinos contemporáneos. A través de ellas, desenmascara y pone en ridículo la tilingueria empeñada en mistificar nuestros problemas y someternos a la indefensión frente al imperialismo.

10

PROLETARIADO Y BURGUESIA EN EL NACIONALISMO BRASILEÑO
por Helio Jaguaribe

El autor es uno de los principales teóricos del nacionalismo burgués de izquierda en el Brasil. Utiliza las categorías del materialismo dialéctico para fortalecer el papel de vanguardia de la burguesía brasileña. Prólogo de J. E. Spilimbergo.

11

MITRE AL DESNUDO
por Juan Bautista Alberdi

La obra silenciada de nuestro más grande escritor político argentino del siglo XIX, editada por vez primera en el país. Demuestra irrecusablemente el carácter conservador, antinacional y funesto de Mitre y su partido, desde la batalla de Caseros.

Editorial Coyoacán

Distribuidora exclusiva:
LIBRERIA DEL MAR DULCE
Córdoba 1354 — Buenos Aires

R. J. WALSH, el penetrante periodista argentino ("Operación Masacre", "Caso Satanowsky") ha vuelto al país después de una larga estadía en la isla de Cuba, que cada día es menos isla. Piensa escribir todo lo que sabe, que no es poco

Milicianos chinos, rusos y checos desfilando por las calles de La Habana, según "La Prensa". Nótese los inconfundibles rasgos eslavos del miliciano que encabeza la columna.

R. J. WALSH REGRESO DE CUBA

y nos habla del libertinaje de la prensa libre

"No, no les voy a contestar un reportaje sobre Cuba" — nos dice Rodolfo J. Walsh al enterarse de nuestras intenciones. Repatingado en un sillón de mimbre, rodeado de los diarios de la mañana, a 24 horas de su arribo a Buenos Aires, después de 24 meses convividos con la Revolución, el autor de "Operación masacre", el implacable investigador del "caso Satanovsky", lee y relee el cuestionario presentado por POLITICA, sonríe, se rasca la coronilla, dice: "Esta pregunta es interesante" (se refiere a su alejamiento de Prensa Latina) y vuelve a sonreír, atribulado, ante la pregunta: "Cree Ud. en un estrangulamiento de la Revolución Cubana por el P. C. semejante al ocurrido en Guatemala en 1954?". Walsh mira al cronista por encima de sus anteojos hasta hacerle creer que es él el entrevistado. "No quiero que lo que yo diga aquí, ahora, aumente la confusión" — dice. "Ya hablaré más adelante en una serie de artículos que pienso preparar. Se ha macaneado demasiado y la Revolución Cubana es un tema demasiado vasto y complejo para reducirlo a los términos de un reportaje".

Walsh vacila un momento, y finalmente dice:

—Pero si le voy a explicar, con lo que tengo más a mano cómo se miente aquí en Buenos Aires sobre Cuba.

"En "La Prensa" de hoy (18 de febrero) aparece un reportaje a un señor Izaguirre Horta, cubano emigrado a quien se presenta como periodista y como ex "miembro de la Legislatura cubana". "La Prensa" no dice qué Legislatura, pero a pesar de tan admirable discreción algunos indicios permiten conjeturar que, efectivamente, se trataba de la Legislatura de Batista. No creo que haya que describirla a esta altura de los acontecimientos.

"Pero algunas de las cosas que dice este señor Horta son sorprendentes para mí, que acabo de volver de Cuba. Por ejemplo cuando afirma: "Actualmente aparecen en Cuba sólo tres diarios: "Revolución", "El Mundo" y "La Calle".

"Habiendo salido de Cuba el 13 de febrero, me pregunto alarmado si no soy Rip Van Winkle. Porque estoy seguro de haber venido leyendo en el avión ejemplares de "Hoy", "Combate" y "Prensa Libre", periódicos habaneros cuyos recortes usted puede ver aquí. En otras ciudades cubanas también se publican periódicos, así que si usted se atreve a atestiguar que en efecto yo no soy Rip Van Winkle, yo me atrevo a asegurar que en lo que atañe a este hecho, el señor Horta es un solemne embustero. No en vano ha recalado en "La Prensa".

"Aunque Horta admite que salió de Cuba en agosto de 1960, sabe que Castro tiene aviones Mig y que los "artilleros que manejan los cañones y tanques son rusos, checos y chinos". Yo presencié el desfile del 2 de enero en La Habana, y esos artilleros me parecieron simples guajiros. Aquí tiene algunas fotos.

"Asegura Horta que "la marinería de los buques de guerra cubanos está ahora integrada por coreanos del norte". Eso yo no se lo puedo discutir, porque no estuve a bordo, pero me gustaría saber si él estuvo, para comprarle un reportaje titulado, por ejemplo, "Ex legislador batistero entrevista a norcoreanos". Sería sensacional. Pero me temo que la explicación de todo esto se reduzca simplemente a una incoercible afición del señor Horta por las historias de piratas.

"Para qué seguir. A "La Prensa" le complacen estas historias pueriles. A mí me complace que les complazca. Es muy reconfortante ver al enemigo sumergido en la estupidez. Con esta misma estupidez se suicidaron allá el señor Horta, su periódico y lo que ellos representaban. ¿Por qué pensar que no seguirán aquí el mismo camino?

"En cuanto a la rápida caída de Castro que vaticinan "La Prensa" y el distinguido periodista visitante, ¿cómo discutirla? Aquí hace ya más de un año que todos los periódicos sabían que Castro iba a caer en tres meses. El único medio que los seres humanos han encontrado de castigar este género de macaneo es la apuesta. Si el señor Horta y "La Prensa" están seguros de "Castro será derrocado, a más tardar, en cinco o seis meses", y dispuestos a apostar en favor de esa hipótesis, creo poder brindar a algunos amigos la oportunidad de ganar algún dinero fácil.

"Me parece que hasta podríamos darles usura. Cinco a uno, por ejemplo...".

EL VINO TRISTE

SARMIENTO IDEAL

Ahora le toca a Sarmiento el sesquicentenario. El ardoroso sanjuanino, que era un imaginativo y un verdadero artista, jamás habría podido soñar que la posteridad alteraría tan radicalmente su personalidad. No hubo hombre más injuriador y es, se nos permite la familiaridad con el prócer, más mal educado que el famoso educador. Sus ternos, blasfemias y exabruptos fueron celebres, y regocijaban a los colegas periodistas de su tiempo como pocos temas.

Pero el mitrismo porteño, que siempre sospechó de Sarmiento tanto por provinciano como por talentoso, después de muerto lo hizo ingresar a la Academia, es decir lo hizo prócer, lo inmovilizó y lo vació en yeso y en bronce. Se trataba en realidad de cubrir con la inteligencia de Sarmiento la mediocridad de Mitre, asociándolo en el común panteón y de tapar con los barbaridades cometidas por Sarmiento contra los gauchos, las similares depredaciones organizadas silenciosamente por Mitre. De todos modos, la visión que nos han metido de Sarmiento, en la escuela de Sarmiento, no responde ni de lejos a la verdad histórica, ni al hombre que realmente fué.

Hay que escribir la verdad también sobre Sarmiento, que no fue un santo laico, como dicen los liberales mitristas y los comunistas (siempre juntos) ni tampoco un mero sinverguenza, como lo afirman algunos nacionalistas clericales. El Sesquicentenario que ahora se celebra da una buena oportunidad para volver sobre Sarmiento sin prejuicios, y mostrarlo sin maquillaje; perderá el político, pero quizá el hombre resulte más interesante que su máscara escolar.

EL SILENCIO DE BALBIN

El país está triste: ¿qué tendrá el país? Es que Balbín ha callado para siempre? El único hombre que logró despertar una sonrisa en horas tan sombrías como las que corrieron en la Argentina desde 1955, parece vengarse hoy, y no habla sino raramente. Se han echado a rodar algunas hipótesis: que desea mantener la unidad del radicalismo del pueblo, en vista de las elecciones de 1964, cuyo candidato presidencial sería precisamente Balbín; y, por otra parte, que su caudalosa oratoria, plena de misterios sintácticos y semánticos, comienza a fatigar a su otrora entusiasta público. Sea cual sea la verdad, ninguna de las razones expuestas pueden satisfacernos. Balbín era una necesidad nacional, y su palabra críptica, mecida por ensoñaciones orientales, hacía olvidar las miserias cotidianas. Queremos a Balbín.

LOS MANES DE DON LISANDRO

Las recientes elecciones han mostrado, entre otros descalabros, una desaparición paulatina de los demócratas progresistas. La prensa oligárquica los mima siempre, sin embargo, y son candidatos ideales para la aspiración reaccionaria al sistema de representación proporcional que, dicho sea de paso, también suscita la adhesión de socialistas y comunistas.

Es que el Partido Demócrata Progresista, nacido de una conjunción de partidos conservadores de todo el país para oponerse a la candidatura popular de don Hipólito Yrigoyen en 1916, ha sido objeto de uno de los más grandes equívocos de la política argentina.

Este equívoco provenía de la personalidad misma de Lisandro de la Torre, y fue hasta cierto punto creado por la propaganda incesante de los comunistas en los felices tiempos del Frente Popular de 1936, cuando los comunistas elegiaban a Roosevelt. Como muy bien dijo un día Joaquín Coca, en su libro "El Contubernio", los demócratas progresistas eran un partido liberal-conservador en Santa Fe (más conservador que liberal) y la reserva conservadora en la Capital Federal. Pero mucha agua ha corrido bajo los puentes desde entonces. El "antiimperialismo" de don Lisandro, producto de sus divergencias entre los ganaderos del Litoral con los poderosos estancieros de la provincia de Buenos Aires, está completamente agotado y no da más "sport". Los jóvenes abandonan las raídas filas y buscan otro cauce para sus inquietudes. Solo "La Nación" y "Propósitos" (ahora "Principios"), con el inestable y pacífico Barletta, encuentran palabras cordiales y amables para alentar las esperanzas de la democracia progresista. Mitristas y comunistas, he ahí sus últimos aliados en este desdichado mundo.

Las privaciones ideológicas del Partido Comunista

La crisis del estalinismo político en el Río de la Plata ✦ "Cuadernos de Cultura" se pregunta: ¿Qué es la izquierda ✦ Pero no encuentra la respuesta ✦ Los comunistas están asombrados ✦ El Partido Comunista en la Argentina ✦

En el Nº 50 de la revista "Cuadernos de Cultura", publicación teórica oficiosa del Partido Comunista, dirigida por Héctor P. Agosti, se publican varios artículos sobre el tema "¿Qué es la izquierda?". Son sus autores Ernesto Giúdice, Héctor P. Agosti y Juan Carlos Portantiero. Hecho sin precedentes en la melancólica historia de ese partido, dichos trabajos prescinden generalmente de calificar a sus adversarios del marxismo argentino con los conocidos epítetos de los tiempos de Stalin: "espía de la Sección Especial", "agente del Departamento de Estado", "terrorista al servicio del Japón", "provocador a sueldo del fascismo", y otras variaciones del mismo género. El rudo tornero del Kremlin parece que les ha enseñado buenos modales; y también, ay, lo efímero de los sucesivos "cultos" a la personalidad. Se han vuelto más prudentes, tanto por los acontecimientos internos ocurridos en la madre patria soviética, como por los golpes infortunados que les ha asestado el proletariado argentino en los últimos quince años. Aún son algo torpes en la polémica, sin duda, aún se les desata la lengua con cierta frecuencia, pero se advierte la buena voluntad para emplear el lenguaje articulado. Saludemos esos signos de progreso, y dejémonos de ceremonias para entrar directamente a nuestro asunto.

Desde los tiempos de Perón están circulando numerosos libros, ensayos, revistas y, en ocasiones, periódicos (precisamente del tipo de nuestro semanario) que constituyen expresiones de una nueva fuerza en la política argentina. No se trata de una fuerza política todavía; es más bien una tendencia ideológica, pero en todo caso es una fuerza. Refleja luminosamente, en la esfera de la teoría, el desplazamiento del poder de la vieja oligarquía, la quiebra de los partidos tradicionales (incluído el Partido Comunista), el proceso de industrialización y la aparición de un gran proletariado argentino que reemplaza a la pequeña clase obrera de origen inmigratorio. Tales son las bases materiales que explican lo que algunos llaman, un tanto vagamente, la "izquierda nacional".

Pero la "izquierda", o por mejor decir, el pensamiento marxista, no ha nacido aquí, sino que es la continuación transfigurada de una corriente enriquecida por grandes experiencias históricas. Mencionemos entre éstas, por su rigurosa importancia, el trágico destino de la primera generación de la Revolución Rusa, triturada por la reacción burocrática. Esta experiencia en Rusia, que envuelve toda la política de la Internacional Comunista, y que en cierto sentido determina el triunfo de Hitler y el estallido de la guerra mundial, no puede disociarse de la evolución del Partido Comunista Argentino. Aquellos que por cobardía intelectual o por prejuicios de cualquier orden prefieren juzgar al Partido Comunista Argentino independientemente de las implicancias que lo ligan a la Rusia soviética, amputan una parte esencial del problema. Y padecen del error de dar por "superado" nada menos que el conflicto entre la revolución y la contrarrevolución en la Unión Soviética. Pero como las cuestiones interiores de la Unión Soviética trasciendan a la política de los partidos comunistas en todo el mundo, la acción de éstos no puede ser analizada sino en relación con la política del gobierno soviético. No es un juicio de valor; es un hecho.

Habituados a considerarse a sí mismos como la encarnación oficial del "marxismo" canónico, su expresa agencia, los comunistas de este país han visto asombrados que un marxismo muy particular, muy argentino, muy latinoamericano, ha hecho su aparición y procede a influir ideológicamente, con pleno vigor, en la nueva generación. Esto no estaba previsto en los textos sacros del oficialismo moscovita, habituados al determinismo, pero siempre recelosos de las travesuras de la dialéctica. Petrificados por la sorpresa —y quizá por las preguntas embarazosas de los afiliados jóvenes— los tres periodistas a que aludíamos al comenzar este artículo se han consagrado a examinar esta nueva cuestión. Antes de responder a los problemas por ellos planteados, la lógica del debate impone que los examinemos a ellos, o, al Partido Comunista.

La primera guerra imperialista originó acontecimientos de importancia universal. El primero de ellos fué la Revolución Rusa. En América Latina apareció la Reforma Universitaria, el aprismo peruano, el triunfo de la revolución mexicana, la consolidación del radicalismo y, en lo que interesa a nuestro tema, la escisión del Partido Socialista, que dió origen al Partido Comunista. Ambos reflejaban la composición europea de la clase obrera argentina, cuya atención estaba proyectada hacia los fenómenos del Viejo Mundo. La política "criolla" les era "extranjera" y aplicaban para su análisis las categorías habituales en las metrópolis imperialistas. Si a esto se agrega la potencia hipnótica que la Rusia Soviética ejercía sobre el nuevo partido, se comprenderá fácilmente que el período de adolescencia de la organización comunista en nuestro país transcurrió como un período de imitación. Pero dos hechos decisivos contribuirán a infundir al Partido Comunista una línea que sustancialmente no alterará jamás: la transformación burocrática del régimen soviético, la supresión de la vieja guardia bolchevique, el triunfo de los estamentos administrativos sobre el Partido que había dirigido la Revolución obligan a la depuración política de la Internacional Comunista. Los patridos comunistas de todo el mundo, o se adaptan a la orientación de la diplomacia soviética, o son reestrurados con mano de hierro. Los dirigentes de la Argentina que permanecen en el partido — Ghioldi, Codovilla— le imprimirán, sobre todo desde 1930, el sello soviético.

El partido Comunista, en los últimos treinta años, se define siempre de acuerdo a la situación singular de la Unión Soviética en sus relaciones con las potencias imperialistas. Si Rusia logra un acuerdo circunstancial con Gran Bretaña y Francia, por ejemplo durante la guerra civil española, el partido comunista argentino proclama la "lucha por la democracia", aproximándose a aquellos partidos de tradicional carácter anglo-francés, como el radicalismo alvearista, los demócratas progresistas, los socialistas de Repetto y otros similares. Abominan en ese momento de la lucha antiimperialista, que en la Argentina de ese momento no podía ser sino antibritánica. Lo mismo ocurre cuando se produce el pacto nazi-soviético, en 1939-1940. Igualmente se produce un cambio, puramente mecánico, cuando Hitler rompe el pacto y ataca a Rusia; pero la constante política del Partido Comunista en este país está dada por su transigencia ideológica hacia los partidos ligados secularmente al sistema oligárquico.

Pero a partir del estallido de la segunda guerra, al mismo tiempo que el conflicto internacionaliza todos los problemas de la humanidad, la política argentina brota al fin de las propias fuerzas nacionales, y el país crece hacia adentro. El ejército interviene en la política, expropia a la oligarquía políticamente, crece la industria, aparece un proletariado criollo que impondrá su sello decisivo a la época, y los viejos partidos agonizan. El Partido Comunista queda sin base alguna, suspendido del aire, atento sólo a los cambios de los frentes militares y a las decisiones de los tres "grandes" (Roosevelt, Stalin, Churchill), ciego y sordo a las necesidades profundas de las masas obreras que despiertan.

Próximo Nº: 2ª nota

EL DESHIELO: Uruguay en la Encrucijada

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS POLITICOS VISTA POR ALBERTO METHOL FERRE

Nota: Este artículo fué escrito al mes de las elecciones uruguayas de 1958, que determinaron la caída del gobierno secular del Partido Colorado y el ascenso del Partido Nacional. En aquella circunstancia, por diversas causas, no pudo ser publicado. Y me parece útil hacerlo ahora a los efectos que el lector argentino reciba un testimonio de aquel instante de singular tensión histórica en el Uruguay, mundo cuya característica por décadas fuera la laxitud. Es un modo de comunicar la diferencia de "clima" entre nuestros países. Hoy, el deshielo anunciado está en plena marcha. La vieja "república faraónica" que fué el Uruguay está en su crisis definitiva.

Que estamos en un recodo de nuestra historia, ya nadie puede ponerlo en duda. Es un dato reconocido por todos. Pero lo realmente importante es aquilatar en su verdadera dimensión la índole de los cambios que se avecinan. Pues hay que estar preparados para una cadena de sorpresas. No basta decir "hay cambio", lo esencial es percibir el significado de ese hecho. Vislumbrar los rasgos del futuro que se nos ha implantado en nuestro presente. Un futuro del que nuestra sociedad estaba encinta, parturienta, cuando se creía estéril. Y cuando se gozaba y padecía la libertad gratuita de esa esterilidad y su pavorosa facilidad. La esterilidad es la detención del tiempo, la interrupción de la genealogía, el acabamiento límite del movimiento.

Pareciera que lo más banal en la historia y en la vida del hombre fuera el cambio. El movimiento ¿no penetra todas las cosas? La contingencia, la finitud ¿no es el destino del hombre y las sociedades? ¿Cómo puede ser para nosotros novedad aquello que define nuestra existencia entera? ¿Cada minuto no está hilado por la incertidumbre?

Todo eso es cierto, indudable. Pero no lo es menos el hecho que la vida humana se define también por el más empecinado querer de trascender o escamotear al tiempo. El tiempo nos sitia por doquier, y un modo de vida necesario es desconocer tal apremio en lo posible. Para eso hemos montado toda la maquinaria social, para eso hemos adquirido hábitos, inventado instituciones, leyes. Toda la sociedad es una inmensa empresa de protección contra el tiempo, una lucha infatigable para exorcisar el tiempo. Queremos que el tiempo quede evacuado y reducido a un "accidente", que pierda la sobrecogedora condición de "sustancia" de cosas y hombres.

Pocas sociedades, en determinado momento de su historia, se aproximan al cumplimiento de ese objetivo esencial que es la derrota del tiempo. No otro es el drama del hombre, la raíz última e íntima de la economía, de las luchas sociales y políticas, de las divisiones de clases, del arte, de la religión. ¡Detener al tiempo!, tal la consigna de los humanos. La historia entera es testimonio de esa tarea frustrada, siempre retomada. Desde las Pirámides de Egipto hasta "como el Uruguay no hay".

Cuando se toma esa frase de "como el Uruguay no hay", la situación del país en estos últimos lustros se ilumina. ¿Qué puede significar? ¿Qué es eso de "no haber" como nosotros? En principio una comparación: nadie es o tiene lo que nosotros. Algo así como una situación límite, en el extremo de todas las historias posibles. En efecto, mirar a nuestro alrededor era el 17 de Octubre, la caída de Perón, de Lonardi, las turbulencias bolivianas con Villarroel colgado, el suicidio de Getulio Vargas, el exilio de Rómulo Gallegos, y todo lo que se quiera agregar. Un mundo desgarrado, en movimiento, con eclosiones, turbulento. ¿Qué eramos entonces? El Margen, el balcón del mundo, el palco "avant scene" para presenciar todos los dramas próximos y remotos. En una palabra: para ver al tiempo como espectáculo. Podíamos aplaudirlo o silbarlo, pero no nos involucraba. No nos hería, porque no nos movía.

Una digresión para ejemplo. Nos pasaba algo así como al burócrata que escapa a sus marchitas rutinas en una función cinematográfica y se identificaba sin riesgos con los protagonistas, sean piratas o seductores o héroes, etc. Porque el cine es en general una parodia del tiempo, una compensación de vidas mínimas. Por eso, cuando se nos terminó el deslumbrante espectáculo de la segunda guerra mundial, cuando perdimos las emociones de las batallas de El Alamein o Stalingrado y nos topamos con la Coincidencia del 3 y 2, el Colegiado, con el mero toma y daca aldeano, un gran sector de la juventud "independiente", que no se resignaba, fundó y concurrió a los cineclubs. De los comentaristas bélicos pasamos a los expertos cronistas del Séptimo Arte. El "prestigio" ya ni era el literato. El cetro de los rectores de la sensibilidad dejó a la literatura, creacional, activa, para quedar en manos de los comentaristas de espectáculos. Ellos fueron los que dieron la tónica de las preocupaciones intelectuales de estos últimos doce o trece años. Claro qué los cine-clubs eran intrínsicamente insostenibles, no teníamos la más remota posibilidad de industria cinematográfica. El país, subdesarrollado, apenas deba para exportar lana lavada y peinada. El Cine Club fué el epílogo supremo de nuestra vida como gozadores, como consumidores, asentada en las prosperidades finales de la post-guerra. Me refiero, claro setá, a lo más decantado de la pequeña burguesía urbana (terciarios como digo, y que algunos se empeñan en no entender). Y no es casualidad —a medida que los rodeos se diezmaban y los Frigoríficos, columna vertebral del país en este medio siglo, se paraban— que con las primicias de la crisis económica la imaginación pura se hiciera intolerable, y los cineclubs dejaran el paso a la proliferación de los teatros independientes. Una aproximación a la existencia, de esos mismos grupos sociales. El comienzo del salto de la imaginación a la existencia. El tránsito de espectador a actor, de consumidor a productor. Eso sí, todavía no lo hay plenamente. Teatro nacional de intérpretes y no de autores. Pero la marea del tiempo sigue creciendo y ya salimos en búsqueda ansiosa de un autor. ¿Cuándo tuvimos un autor? En el novecientos, cuando la gran crisis de todas nuestras viejas estructuras sociales, que nos dió a Florencio Sánchez. ?Cuándo el punto más bajo del teatro? Cuando recibíamos a Paquito Bustos, engendro del estancamiento de la década infame argentina.

LUIS ALBERTO DE HERRERA, heredero de Aparicio Saravia y último caudillo del Partido Blanco del Uruguay: su muerte coincidió con la quiebra del monolitismo bipartidario.

La sociedad uruguaya cumplió pues, en estos últimos lustros, con una de los objetivos sociales más importantes, que es la detención del tiempo. Agudiza el sentido más exterior que es el de la vista. Hizo que tuviéramos el tiempo sólo delante de los ojos. Teníamos sí que perder los otros sentidos, pues esa es la condición, el precio. Había que petrificarse. Cumplió nuestra sociedad esa tarea, quiso prolongarla con denuedo y relativa inteligencia. Implantó, entre otras cosas, la muralla china de la Ley de Lemas. El resultado está ahora a la vista y el tiempo se nos coló de improviso el 30 de noviembre de 1958. El deshielo ha comenzado, pues las cosas nos apuran en nuestra existen- Y la mirada, tan diestra para los sucesos exteriores, no lo vió y quizás no lo vea claramente hasta dentro de unos meses. Menuda tarea cuando hay que invertir la mirada y enfocar para adentro. Teníamos el tiempo, el nuestro, encubierto, y ahora se nos viene encima.

La verdad es que no estamos preparados para el tiempo y su dinámica. Basta comparar el curso de la vida de un argentino, de un boliviano, de un venezolano, cubano o brasileño con la nuestra en esta última década. Mientras ellos corrían, tropezaban, volvían a correr, nosotros estábamos de espaldas a las estructuras productivas del país, y ahora tenemos que empezar a correr sin entrenamiento. ¡Cómo para estar dispuestos!

Si el Régimen se caracterizaba por la petrificación, por el congelamiento del tiempo, y el tiempo no es accidente sino sustancia, evidentemente vivíamos con un tiempo muy singular. ¿Cómo era la realidad en que vivíamos? Una realidad escindida tajantamente en tres momentos. El momento futuro, el momento presente, el momento pasado. Desligados entre sí, recluídos en sí mismos. Un tiempo perverso, insano. Pues esos tres momentos se ligaban por su expulsión recíproca, por su mutuo desdén. Se conectaban repudiándose, se restituían a la unidad como conglomerado. Tres momentos que son tres abstracciones, pero que se fundan el uno al otro abstractamente. Tenían la distorsionada unidad de la separación. Un tiempo que recuerda, para ponernos cultos, al de la crítica de Bergson. Un tiempo desintegrado, signo de una sociedad desintegrada a pesar de su inmutabilidad, y a causa de esta misma.

La dialéctica de las expulsiones dió el tono de nuestra vida reciente. Había políticos para los que la política tenía su alfa y omega en "los mil clubs"; jóvenes proyectados y directamente instalados en el centro de la "sociedad sin clases, administración de cosas"; artistas con la sola memoria de la "mitología griega". Pasado solo, futuro solo, presente solo: una manera de no tener ninguno. Y los tres infectándose el uno al otro para penetrarse en la indiferencia, en la identidad total. Así, un crítico teatral podía decir recientemente: "Los más amplios y hondos problemas del hombre, esos que estructuran las almas y disponen de nuestra naturaleza y destinos, no parecen privativos en estas tierras: la nueva situación de la relación de sexos, el sentido de la responsabilidad y la libertad, el drama de la fe ante la agonía de los dioses pueden ser tratados por Shaw, Sartre, O'Neill, respectivamente, y es lícito en ellos. En cambio a los uruguayos corresponde hablar de los albergues de menores, de la corrupción política circunstancial, de las señoritas burguesas en trance de perder su virginidad. Para los demás el mundo está abierto con todas sus posibilidades, los temas más hondos, los personajes de todas las épocas; para nosotros está clausurado". Y el diagnóstico de tal fal- el diagnóstico de tal falsedad se puede extender sin dificultad a todos los órdenes de la vida pública y privada, a todas las preocupaciones sanas y malsanas de la vida. La enfermedad social del Uruguay se diversificaba lujuriosamente en "presentismos", "futurismos", "pasatismos", incluso, por supuesto, dentro de una misma persona. Alguna vez alguien hará la recopilación completa de estas últimas décadas infames, de ese naufragio de alienaciones, incluso para salvar todo lo excelente que hay y que nos es vitalmente irrenunciable.

Por fortuna esa falsa temporalidad no aniquila al tiempo. Sólo lo encubre. Y mientras lo tenemos encubierto se puede desesperar de nosotros y del país entero. Pues la historia del Uruguay, desde su nacimiento mismo, es en el fondo la más atroz dialéctica de las expulsiones. La expulsión no es reciente, sino que coincide con la vida del país, efecto del proceso balcanizador. La expulsión asume distintas modalidades, difieren en formas, cambios de intensidad y cualidad. Estuvo la desesperación de la expulsión en Juan Carlos Gómez, Angel Floro Costa, Florencio Sánchez; estuvo la satisfacción de la expulsión en Batlle y la Suiza de América. Nuestra comunidad fué el Exodo y de ahí en adelante. ¿Qué fue Artigas sino expulsado? ¿Qué fué la Defensa de Montevideo, sino sociedad de expulsados? ¿Qué el inmigrante? ¿Cómo suponer que los "temas más hondos" hay que buscarlos fuera? La dialéctica de las expulsiones arroja la luz más profunda sobre nuestra más honda intimidad, llega hasta el corazón de nuestra historia nacional.

La nuestra es una historia de repudios a la Historia, o de frustración para los que la sentían. ¡Cuántos resentimientos! ¡Cuantos dogmatismos fáciles! Había que tener entonces la entereza de esperar. Había que ser amigo del tiempo para conservar "la joven niña esperanza", matriz de las virtudes teologales. Había que aferrarse a nuestro tiempo, aunque supiéramos que el tiempo no es ni puede ser todo. También los expulsados hacen del tiempo un Absoluto y lo ponen fetichizado en el Uruguay como César Batlle o en Rusia nuestros comunistas sin comunidad.

El deshielo, temible, nos sumerge en la historia. El futuro preñado de riesgos abre las puertas de la memoria. Nos pide sí una memoria esencial, verdadera, auténtica. Pide justicia para esa larga y dramática caravana de expulsiones y de expulsados. Por eso tenemos que sentir a la encapsulada historia oficial, a lo que nos enseñaron distraídamente en las aulas, como mentira. Es uno de los aspectos positivos de la quiebra del régimen. Cuando creíamos que la materia prima de la vida humana había que ir a buscarla a Grecia o aniquilando al Mundo, descubrimos que la tenemos aquí, con su increíble riqueza, en nuestra historia, donde están hirviendo las fidelidades, los odios, Dios, los constructores del Estado, la explotación, los revolucionarios ácratas y campesinos, orilleros y patricios, empresarios, policía y proletarios. Todo lo que se quiera y pida con verdad. ¡Cuántos personajes en busca de un autor!

El tiempo nos mueve a la recapitulación sincera y el premio final está claro: nos brindará por primera vez una tradición, nos propondrá una vasta misión nacional rioplatense y latinoamericana. Así se culminará y derogará la dialéctica de las expulsiones, lejos de las ahora desventuradas e intransigentes vacuidades de "los blancos con los blancos" y "los colorados con los colorados". El recodo no es un toparse con la nada, sino justamente lo contrario. Es cuando nuestro ser entero nos pide cuentas. Es el grandioso momento en que el futuro y la memoria se conjugan. Nuestra historia no admite ya que se la ignore, no admite que pueda prescindirse de ella. Se nos ha encaramado y estamos angustiada y gozosamente condenados a ella. La recuperaremos a la luz de los años revueltos del deshielo. Sabremos —si no lo sabemos— que el hombre sin más está aquí.

Notas y Comentarios

INFAMIA EN AFRICA

Leopoldo II era un rey-empresario, habitué de los reservados galantes del Maxim, en aquellas noches fulgurantes del París de fin de siglo. Compartía esas batallas perfumadas acompañado de las "ratas" de la Opera, con los banqueros cosmopolitas que financiarían su aventura colonial en el Congo. Con la vénia de Bismarck y de otros estadistas europeos, Leopoldo convirtió al territorio congoleés en un dominio privado, que legó luego a Bélgica. Explotó la colonia con la fría ferocidad de un monarca absoluto encastado en un gerente moderno. Succionó hasta la última savia vital del Congo; la hermosa Bruselas debe sus palacios, paseos públicos y monumentos a la sangre africana. Proletariado, clase media y burguesía de ese insolente país, inventado por las intrigas dinásticas de Inglaterra, gozaron un alto standard de vida gracias a la miseria y al terror blanco en el Congo. La tesis de Marx sobre Irlanda podría aplicarse al Congo y a Bélgica de un modo clásico: sólo al sacudir el pueblo congoleés sus cadenas, podrá conmover al proletariado belga, despertarlo de su aburguesamiento, y reintroducir en la sociedad belga la guerra civil que Leopoldo exportó hace medio siglo hacia Africa. Y ahora los militares imperialistas de Bélgica, teniendo a su servicio a los negros cipayos de Katanga, acaban de asesinar a Lumumba. Mientras tanto, en la ONU continúan discutiendo. Y los rusos, ocupados en mandar cohetes a la Luna o a Venus, se han lavado las manos en el Congo. Al menos los reaccionarios de otro tiempo procedían mejor entre ellos. Porque cuando Mussolini cayó prisionero en la isla de la Madalena, Hitler le envió un comando dirigido por el coronel Scozerny, que lo rescató en una operación fulminante y cambió por varios meses el cuadro de la guerra en la península. Krushev habla mucho, sin duda, y no ahorra amenazas. Pero en esta oportunidad podría haber hecho algo sin hablar: una incursión de paracaidistas sin identificar sobre el Congo, un rescate de Lumumba y una desaparición inmediata de los paracaidistas habría significado para el destino inmediato del Africa algo mucho más práctico que un efectista discurso en las Naciones Unidas. Los imperialistas fueron más expeditivos. Pero no lograrán barrer la marea con una escoba. Hay millones de Lumumbas y la revolución colonial encontrará una nueva cabeza que la guíe hacia su victoria inevitable.

MONSIEUR DE PALEOLOGUE Y LA REVOLUCION RUSA

"La Nación" ha publicado en folletín durante largas semanas los recuerdos del antiguo embajador francés en la corte de los zares. Es una admirable y colorida descripción de los "moeurs", las ideas, la imbecilidad orgánica y las intrigas de las clases dominantes en el crepúsculo de su poder. El señor de Paleologue escribe con elegancia, sin duda, pero más que un embajador de la república, parece un diplomático del "ancien regime", cosa bastante habitual en el servicio diplomático francés, que recluta su personal, lo mismo que el ejército, entre las familias más tradicionales. No oculta su odio y su desprecio hacia la chusma revolucionaria que ocupa los palacios abandonados por grandes duques y bailarinas imperiales. Su exquisito buen gusto se ve afectado por esa soldadesca brutal que agrupada en consejos ("soviets") dicta su ley al tembloroso gobierno provisional. Paleologue parece olvidar la gran revolución de su propio país, que no se distinguió por sus buenos modales, hecho característico de todas las revoluciones de la historia, aún las que ocurren en los pueblos bien educados: Cromwell y los "cabezas redondas" no eran muy "gentlemen". Es que Paleologue vivió del presupuesto de un país que había hecho su revolución burguesa hacía ciento cincuenta años; y la burguesía se había amansado, y ya manejaba bien los cubiertos. Los descamisados de Saint-Antoine se habían transformado en tenderos, en diputados, en rentistas o en diplomáticos. Mediante hábiles matrimonios, según refiere Balzac, hasta lograron ennoblecerse, mezclándose, en los papeles, con descendientes de San Luis. Pero la corte zarista que Paleologue evoca, con sus fanáticos, sus generales obesos y serviles, los grandes chambelanes, que creían en la autocracia ciegamente, el erotismo enfermizo de las innumerables condesas en búsqueda del "alma eslava", los popes lascivos del período rasputiniano, toda esa decoración bizantina impregnada de grandeza y de horror, está insuperablemente descripta en la obra. Ese es su mérito, y la mayor y convincente justificación de la revolución rusa. "La Nación" ha prestado un involuntario servicio al conocimiento por el público argentino de la historia contemporánea; es lamentable agregar que su público distinguido probablemente no haya comprendido nada, rasgo común de todas las oligarquías destinadas a la desaparición.

PUÑOS E IDEAS

David Punch Viñas (como diría la revista que dirige González Time O' Donnell) ha publicado en Che un jugoso reportaje de vitamínica exuberancia. Lo peculiar de la inconexión mental del joven y distinguido autor de Cayó sobre su rostro es que invita a espantables reconexiones que caen sobre rostro, cráneo y homóplatos del propio entrevistado. Escéptico sobre la literatura en cuanto compromiso que sea a la vez liberación, catarsis, Viñas cree en la literatura como venganza, y aunque ciertos libros verdaderamente lo son, disentimos con esta tesis de Viñas. No la aplicaremos al comentario. Queremos esparcir un poco de luz general.

Viñas se ratifica de su afirmación del año pasado según la cual "no me he afiliado al P.C.... en última instancia, por cobardía". Esta valiente sinceridad de su cobardía nos emociona, y cumple aquí estamparlo. Por desgracia, momentos antes había explicado sus provocaciones pugilísticas a Murena y Jacovella, con la siguiente vibración homérica: "¿A quién le pegué? A ver: a Murena, que terminó siendo el abate de corte de Victoria Ocampo, puesto al que siempre aspiró, y a Jacovella, típico rufián del periodismo, oportunista, cualquier cosa". Evidentemente, el intelectual Viñas es tan valiente en sus puños como cauto en su espíritu.

Dejemos a un lado la afición de Viñas al boxeo. Es una debilidad juvenil de la que el tiempo dará cuenta. Más interesa indicar que su "cobardía" al no ingresar al Partido Comunista es un equívoco terminológico impropio de un escritor. Se necesita más cobardía para ingresar que para no ingresar. Salvo para ciertos cínicos anticomunistas profesionales, que predican lo que no creen, todo el mundo sabe que los comunistas de este país se reclutan entre gente de temperamento pacífico, que odian el derramamiento de sangre, que se alían siempre a los grandes de la tierra (para entrar en la guerra mundial junto a los aliados: 1942), para luchar contra el régimen "fascista" de Farrell (1943), para aliarse con Braden y Santamarina (1945), para entrar a los sindicatos con ayuda policial (1955), para sentarse en la Constituyente junto a los gorilas (1957), para votar a Frondizi (1958). Esta curiosa trayectoria es el fruto de un proceso de degradación ideológica y política que no encuentra su origen en el privilegiado cerebro de Codovilla, sino en el trágico destino de la revolución rusa. Existe una profusa literatura al alcance de todo aquel que tenga coraje intelectual para resistir las sirenas de una máquina de propaganda tan bien montada, y sin duda más eficaz, que la del imperialismo. Si además de escribir, Viñas pudiera leer, comprendería muchas cosas; entre ellas, las razones por las cuales entrar al Partido Comunista no es un acto osado, sino más bien, en un intelectual, una buena inversión.

exposición manuel ugarte: lunes 6, librería del mar dulce, córdoba 1354

POLITICA
EN LAS LETRAS Y EN LAS ARTES

SABATO, EL DESMEMORIADO,
vagabundea alrededor de Fidel, Victoria Ocampo, Jauretche y Perón
UN INTELECTUAL EN CRISIS NO ES LA CRISIS DE LA INTELIGENCIA

Contaremos aquí la simple historia de un reportaje que ha perdido actualidad. Se trata de un reportaje al escritor Ernesto Sábato. Es un autor difundido y calificado. Su vida es la vida de un intelectual en la factoría, surcada de búsquedas, evasiones, renuncias, errores, y también de aciertos. Para nosotros, la calidad intelectual de Sábato y su lenta y contradictoria derivación hacia una visión nacional del país está fuera de dudas, y merece decirse. Pero Sábato, en tanto hombre público, no puede esperar siempre elogios, pues quien da, recibe. Esta es su oportunidad, y lamentamos que seamos nosotros, en el primer número de POLITICA, quienes cumplamos la tarea de poner a Sábato y a las cosas en su lugar.

Hace unas tres semanas, la Dirección de este semanario envió un repórter a entrevistar a Sábato; el escritor respondió a un breve interrogatorio, de carácter más bien literario. Ahora tien. en vísperas de aparecer POLITICA, nuestra colega "Che" publica una entrevista al mismo Sábato, cuya curiosa índole nos obliga a suspender la publicación de nuestro cuestionario para mejor oportunidad. No será Sábato esta vez quien responderá a nuestras preguntas, sino nosotros quienes contestaremos a Sábato. Como se ve, la vida es más rica que los planes periodísticos.

VICTORIA OCAMPO ES ADMIRABLE

Dejemos a un lado el carácter amerengado de algunas preguntas formuladas por el repórter de "Che" y vayamos a lo esencial de la entrevista en cuestión. Al responder sobre si "Victoria Ocampo es su tipo" (¡vaya tipo, vaya tipo de pregunta!) Sábato dice:

"No. La estimo mucho, a pesar de sus defectos ¿quien de nosotros no los tiene?). Creo que es una mujer, en muchos sentidos, admirable, tiene coraje para defender sus convicciones y es generosa. Pero no es mi tipo. Nunca me han gustado las mujeres demasiado imponentes. Victoria Ocampo tiene el tipo adecuado para esas representaciones simbólicas que se usan en las monedas o en los escudos: la República, la Libertad, etc. En este caso, supongo, la República de las Letras".

Es evidente que esta coquetería de Sábato frente a la directora de la revista "Sur" soslaya el hecho de que la señora Ocampo, que personalmente no nos interesa, tiene una importancia realmente "simbólica", pero no en el orden de las monedas o de los escudos, sino en la medida en que es una figura representativa de la "inteligentsia" antinacional, de ese mandarinato concluso y estéril creado por los ganaderos para fingir una "cultura" en su destierro argentino. Es la personificación de la inteligencia traductora, es la maestra de ceremonias de los macacos letrados que escribían versitos cuando el país se ahogaba de hambre y el embajador británico dictaba su ley a la República.

La señora Ocampo encarna el ala culta de la oligarquía iletrada, experta solamente en la mesa verde, y fue el pivote para que Borges y su pelotón ingresaran a la política en 1945, cuando la vieja Argentina agraria se hundía bajo la oleada de los cosacos negros de Puente Alsina. Su odio al peronismo es legendario, tan celebre como el rencor de nuestro patriciado convencido que desde 1945 se acabaron las sirvientitas tucumanas a 20 pesos mensuales para todo servicio. Eso representa Victoria Ocampo. ¿Sábato no lo sabe? Y si lo sabe, y si además tiene **"la mala costumbre de decir lo que piensa"**, ¿por qué no lo dice? Sábato, según él mismo afirma, está acostumbrado a "renunciar"; si es así, y no tenemos razón para dudarlo, ¿por qué no renuncia a esos tristes vínculos?

También Sábato ofrece numerosos circunloquios para explicar su reiterada colaboración literaria con "Sur". Agrega que su amistad con José Bianco es uno de los factores determinante y que la amistad **"es uno de los valores absolutos que vale la pena rescatar en este mundo horrible en que vivimos"**. Pero el señor Bianco es el riñón mismo de "Sur", y "Sur" es el riñón literario de la oligarquía bienpensante. La verdad es más importante que la amistad. Sábato debería saberlo. ¿O es que Sábato no quiere romper verdaderamente con la "máquina de prestigio" que en la Argentina sólo funciona para los elegidos? ¿Teme ser excluido?

Hay cosas que la oligarquía tolera, y otras que le son inaceptables. Por ejemplo la oligarquía proimperialista de este país tolera que Palacios sea amigo de Cuba; porque como lo tiene agarrado de los pantalones en la política de aquí, lo deja hacerse el revolucionario allá: porque con el prestigio que adquiere entre los jóvenes desconcertados mediante su idilio con Cuba, se depura de ser amigo aquí de "La Nación" y de Aramburu, de Mitre y de la Revolución Libertadora. Por eso la oligarquía y su prensa alerta no se engañan con el verbalismo cubano de Palacios, y no le mezquinan la glorificación cotidiana.

¿O cree Sábato que esto es un accidente? Y a propósito de Bianco y de Martínez Estrada: ¿ignora Sábato que en la confusión propia de todas las revoluciones en curso, estos dos personajes, enemigos de sus compatriotas del Interior, han sido invitados a La Habana? Los negos de La Habana tienen para estos escritores refinados un sabor punzante; para los cabecitas argentinos sólo reservan su desprecio. Es que los nuestros les amenazan la cristalería; y los de Cuba están lejos. Confortable profesión la de los revolucionarios a control remoto que a su regreso del Caribe se harán las uñas en Basile.

FIDEL SI, PERON NO

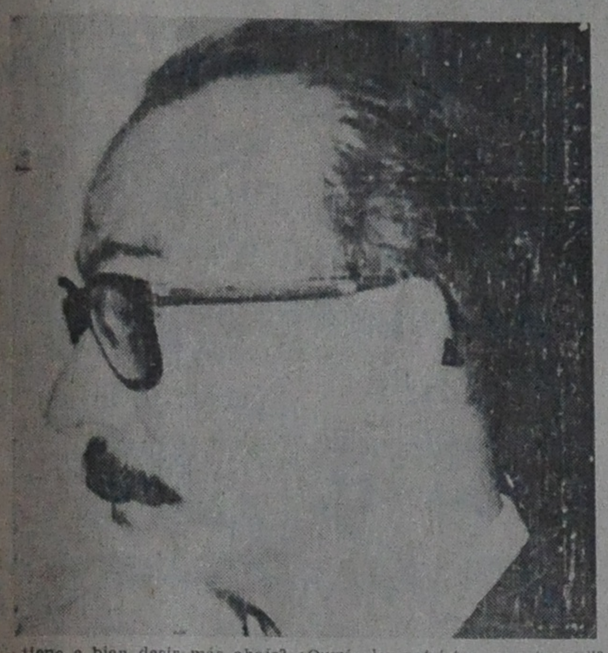
El refinado repórter de "Che" le pregunta a Sábato:

—Arturo Jauretche tiene sus costumbres: por ejemplo, matarse de risa de los intelectuales. Según él, éstos no tienen nada que hacer en la Revolución, como no sea ocultarse bajo la falda de mamá. Para Vd., que es un intelectual, ¿para que sirve y qué papel deberían jugar el día que se arme una linda?"

Esta pregunta mimosa adolece de una falacia esencial. Ni Jauretche, ni nadie que no sea un "bárbaro", podría reirse de los intelectuales en general. Como es universalmente sabido, Jauretche, cuyas posiciones políticas no compartimos, acusa a un sector de los intelectuales, es decir a los escritores cipayos, de no servir al país. No es lo mismo y es evidente.

Pero Sábato parece caer en la trampa de la pregunta, y nos dedica una larga explicación acerca de que los intelectuales cumplen una función central en las revoluciones. Cita a Lenin, fuente que goza de todo nuestro respeto, pero que no mejora la posición de Sábato. ¿Es que Sábato está actuando de mala fe? No podemos creerlo. Pero de sus declaraciones surge que él reprocha a Jauretche un ataque global contra la "inteligencia".

Sábato ha ido demasiado lejos. ¿Lo hace para complacer a sus lectores "izquierdistas" y cipayos? ¿A quién puede convencer Sábato de que Jauretche está en la misma línea que Goering, como tiene a bien decir más abajo? ¿Quizás los patriotas sean "nazis"? ¿No ha pasado nada en el país, Sábato? ¿Realmente cree Vd. que Jauretche tiene "costumbres suicidas"? ¿Se referirá quizás al hecho de que Jauretche fundó "Forja", de que defendió el patrimonio argentino cuando los amigos de Victoria Ocampo lo enajenaban, a que no buscó el aplauso de "La Nación", a que defendió el régimen caído en 1955, cuando estaba caído, mientras Sábato militaba en el partido de la revancha? ¿Esas son "las costumbres suicidas" de Jauretche? Somos muchos los suicidas, Sábato, si es que eso es un suicidio, a menos que sea en verdad otra cosa muy distinta: luchar por el país, por su clase obrera tal cual es y por un mundo nuevo, es un acto que propende a la vida, no a la muerte.



SABATO MIRA HACIA ATRAS

Pero Sábato no se detiene en la peligrosa pendiente. Como un Rascolnikof criollo de su maestro predilecto, Sábato vuelve al lugar del crimen. Que los errores que padeció casi toda su generación en 1945 sean olvidados por la reorientación a que todo escritor tiene perfecto derecho, está fuera de duda. Pero si Sábato pretende reincidir en ellos, también tenemos derecho a inventariar sus extravíos. Después de juzgar benévolamente a Victoria Ocampo, e implacablemente a Jauretche, Sábato se refiere a las bromas que el autor de "Los profetas del odio" **"hubiera gastado a Fidel y Guevara que sin embargo encabezan ahora el movimiento latinoamericano que no fue capaz de llevar adelante el general Perón admirado por Jauretche".**

¿No es demasiado? Sábato parece haber perdido el sentido de la proporción. ¿Es necesario decirlo?

Cuando Fidel era un fubista cubano que contaba con la simpatía de la burguesía comercial de La Habana y con el gigantesco apoyo publicitario de "Time" y "Life", de "La Razón" y "La Nación", de Jules Dubois y del almirante Rojas, de la SIP y de Goinza Paz, en ese mismo momento los guajiros ni lo miraban, ni lo escuchaban. La gran ola de la revolución lo envolvió y lo transfiguró en un auténtico revolucionario. Por eso Eisenhower dijo significativamente que **"Fidel Castro era un traidor"**. Pero el proceso de la revolución cubana, difícil y confuso como el de todas las revoluciones, no puede autorizar a los amigos de otra "revolución", la Revolución Libertadora, a pedirle cuentas a Perón y al peronismo en virtud de que **"no llevó la revolución hacia adelante"**.

Porque precisamente cuando los que escriben esta hoja pugnaban por impulsar la creación de milicias, en medio del caos de la revolución argentina vacilante, Sábato y sus amigos de "Sur" pugnaban no por establecer las milicias (que ahora les enternecen en Cuba) sino por aniquilar a la clase obrera, a la CGT, al IAPI, al Banco Central nacionalizado, a Perón y a la revolución misma. Perón no **"pudo llevar la revolución adelante"**, entre otros motivos igualmente válidos, porque Sábato y sus amigos estaban ocupados en preparar la contrarrevolución. Porque Sábato no estaba con el abominable dictador argentino sino con el almirante Rojas, que sí fusiló cuando pudo hacerlo, pero por motivos diferentes a los de Castro.

Y cuando Perón expropió "La Prensa" y la entregó a la CGT, Sábato se sintió herido; pero cuando lo hace Fidel Castro, le parece la más pura expresión de la política revolucionaria. En suma, Fidel sí, Perón no. Las revoluciones lejanas nos parecen hermosas jornadas, y las cercanas, espectáculos detestables.

Para terminar: cuando el hombre que **"no fue capaz de llevar la revolución adelante"** fue reemplazado por los honrados marinos que supieron llevar adelante la contrarrevolución, Sábato fue funcionario en la cadena periodística en una empresa intervenida y controlada por el gobierno de Rojas. ¿Hacia qué lado empujaba Sábato en ese momento? ¿Empujaba hacia adelante o empujaba hacia atrás? Reconocemos que renunció valientemente a su cargo; pero cuando se renuncia es que antes se ha aceptado, y el que se va es que estuvo —y Sábato estuvo con y en la Revolución Libertadora. Desde ese ángulo sus críticas retrospectivas a Perón y Jauretche no merecen más respuesta que ésta que escribimos, forzados por Sábato y por los hechos mismos.

Y cuando todo o casi todo había pasado, todavía Sábato tuvo la decisión de escribir **"El otro rostro del peronismo"**. Allí decía que a las masas obreras del 45 las movía **"el resentimiento"** ¡Todavía! Jauretche le contestó: **"No las movía el resentimiento, las movía la esperanza"**.

¿Para qué sirve un intelectual? ¿Para qué sirve un intelectual de un país semicolonial? Para responder a los de arriba, o para servir a los de abajo, que casi siempre están a nuestro lado?

Que Sábato elija. Nosotros ya hemos elegido. Con los nuestros y con Cuba.

EL CINE: ¿Veneno Imperialista, Fábrica de Sueños, Arte de Masas?

por Jorge Cooke

LA problemática del cine consiente ser abordada desde diferentes puntos de vista; tantos como diversas son las faces que presenta a un análisis empeñado en separar las múltiples componentes fenomenológicas de un arte que, junto a sus aspectos específicamente estéticos, compagina otros afines a la sociología, la propaganda e incluso la moral; y en cuya génesis colaboran el artista, el técnico y el industrial, lo cual determina que el esfuerzo individual se sume y se conjugue en el seno de una organización de tipo colectivo. El hecho de ser una organizada síntesis de numerosas actividades y de irradiar su influjo sobre extensas zonas de la sensibilidad humana, le veda al cine reclamar una autonomía estética que lo desligue de otra índole de juicios valorativos. Tócale en cambio asumir su indudable responsabilidad educativa; en tal sentido su destino se halla profundamente unido a las raíces de la comunidad dentro de la cual surge: de ella recibe alimento moral y material, inspiraciones y temas, y es con ella, a través de la influencia ejercida por sus creaciones, que establece una inmediata interrelación dialéctica.

UNIVERSO Y ARTE

Pero la fácil universalidad de un lenguaje visual accesible a todos, el alto coeficiente de realidad que impregna las imágenes y su aptitud de emocionar sorteando los contralores racionales, obliga a las mentes alertas a plantearse la decisiva cuestión referente al uso adecuado de este nuevo y dilatado instrumento de persuasión y embelesamiento colectivos. La breve y accidentada historia del cine tiene su clave fundamental en la crónica de la pugna, todavía no resuelta, entre unos pocos hombres que lo conciben como un arte y un medio de ampliar las esferas del conocimiento y los grupos de intereses que entienden explotarlo como negocio y utilizarlo para manipular en escala colosal las ideas y los sentimientos ajenos.

PROPAGANDA O ARTE

Desde comienzos del siglo XX hasta la primera guerra mundial transcurre lo que podríamos calificar de edad heroica del cine. El sistema de producción tiene características artesanales, y el talento y las iniciativas individuales pueden desplegarse libres de agobiadoras trabas comerciales; esto permite a una pléyade de grandes directores, como Méliés, Porter y Griffith, abrir el proceso que tranformará una diversión intrascendente en un arte depurado, consciente de las leyes que lo rigen y de sus peculiares posibilidades expresivas.

"REALISMO" INGENUO Y ADEPTOS

Durante este período los adeptos al nuevo espectáculo provienen en su casi totalidad de los sectores populares; en consecuencia, la generalidad de las primeras películas consiste en breves fábulas moralizantes, basadas en los problemas cotidianos de ese público humilde y ávido que asiste maravillado al desfile de las imágenes. Paralelamente a este "realismo" ingenuo y primitivo, se origina una tendencia que emplea la cámara para elaborar un ámbito de fantástica poesía en el cual los objetos y personas sufren mil transmutaciones, al par que el tiempo y la distancia adquieren una mágica libertad. Estos ensayos, pese a ser fragmentarios e inseguros, contenían virtualmente los postulados y enseñanzas cuya ulterior aplicación impulsará el prodigioso florecimiento técnico y estético del cine.

La conclusión de la contienda del 14 altera el "status" económico que hasta entonces había prevalecido: Europa queda empobrecida y EE. UU. inicia la etapa de su máxima prosperidad. Estos inmensos trastornos provocan el derrumbe de las incipientes cinematografías del viejo continente, circunstancia aprovechada por Norteamérica para asumir el monopolio de esta nueva y prometedora industria, y que coincide con una brusca expansión de su mercado interno: la burguesía abandona su reticencia y se vuelca con intacto entusiasmo en el nuevo espectáculo que amenaza desplazar a los demás, al punto de que inclusive resta feligreses a las iglesias. Así nació la "edad del jazz", como la denominó con injusta restricción Scott Fitzgerald, pues si la música dejó la impronta de su ritmo, el cine y la literatura proveyeron los mitos correspondientes.

LIBERTAD CREADORA Y ADEPTOS

A medida que la cinematografía se convertía en un brillante negocio y en un poderoso medio de orientar la opinión pública, se estrechaba su dependencia de poderosos consorcios financieros; este hecho trajo aparejado como corolario un estrangulamiento de la libertad creadora. Disminuyó la cantidad de temas cuyo tratamiento era tolerado y una serie de "tabús" se alzaron como mojones de una frontera que nadie podía franquear. Simultáneamente, Norteamérica con el trujamán de los films consumía y exportaba miles de almibaradas versiones de un ficticio estilo de vida que luego, por una particularísima simbiosis, era asimilado e imitado por los confiados espectadores, que de este modo practicaban una alquimia que mutaba lo falso en algo real. Hollywood, obedeciendo a intenciones perfectamente conscientes, se convertía en un gigantesco aparato de propaganda cuya misión era difundir el mito de la creciente e inalterable prosperidad del sistema capitalista.

En la misma época tenían lugar otras tareas de menor repercusión pero de muy superior importancia para el porvenir del cine en cuanto arte. El expresionismo alemán, el realismo ruso, la vanguardia francesa, con método y pasión investigadora sientan las bases teóricas y técnicas del cine y lo dotan de un lenguaje analítico y preciso.[1] Las imágenes inscriptas en un sabio y rítmico ordenamiento se cargan de valencias y simbolismos: pueden dramatizar las pasiones humanas, el crecimiento de los vegetales o la fuga de las nubes. Espacio, tiempo y movimiento integran una infrangible unidad y restituyen al hombre la fluidez del universo.

LAS DOS CORRIENTES DEL CINE

Esta breve digresión muestra como el cine a partir de sus orígenes se orienta de acuerdo con dos directrices esenciales. Una de ellas se propone como objetivo primordial proporcionar al hombre una forma mecánica de compensar la esterilidad y el parcelamiento emocional al cual lo somete la acelerada civilización moderna. Para este fin estructura ficciones más o menos falsas y conmovedoras, que en vez de apelar a la inteligencia y a la sensibilidad procuran, como un estupefaciente, embotarlas. La otra corriente exige la enérgica participación anímica del espectador pues son los límites, las contradicciones y los afanes humanos que por mediación de los signos visivos son transcriptos y dramatizados; propone una nueva forma de autoconocimiento y a través de ella promueve un íntimo impulso de liberación y clarificación interiores. Sea en un sentido negativo o positivo, todos reconocen y utilizan la capacidad del cine para vehiculizar ideas y sentimientos. Esto explica que los países maduros sientan la necesidad de contar con un cine propio, conectado a sus intereses culturales y sociales, que a manera de indespensable testimonio registre sus particulares vivencias.

REFLEXION Y DESTINO HISTORICO

Estas reflexiones nos señalan con ineludible precisión la ubicación que debe lograr nuestro cine si pretendemos que contribuya a acuñar la personalidad nacional. Sólo una límpida trayectoria espiritual le permitirá interpretar las fluctuaciones de nuestro destino histórico y conferir a la individualidad argentina un valor y una proyección universales. Además, este propósito exige renunciar a esa cortesanía intelectual y artística que, salvo excepciones, caracteriza la postura mental de la mayoría de los círculos cultos del país. Al espíritu de imitación es menester substituirlo con una fecunda actitud asimilativa. Tales son los principios mínimos e indispensables si aspiramos a crear obras válidas y representativas.

PSICOLOGIA Y DISCERNIMIENTO

Un mínimo de films con jerarquía artística no bastan para contrarrestar los efectos disolventes que emanan de la gran mayoría que invaden las pantallas. La banalidad y el oropel de los falsos ídolos encubren, siempre, un solapado intento de imponer un determinado enfoque de la existencia que por lo general es mediocre y conformista. La función y el deber del crítico consisten en contribuir al afinamiento de las facultades de discernimiento del público, que por un automatismo psicológico tiende a identificarse con los personajes y los sucesos cinematográficos; prevenirlo contra la engañosa seducción de las imágenes y proveerlo de elementos de juicio que le permitan diferenciar el arte de la propaganda, o del mero producto comercial. Su labor, exenta de pedantería, debe tener un ligero sesgo pedagógico y le impone asimismo rehuir toda concesión que implique una degradación del gusto. De igual manera debe considerar parte fundamental de su tarea proponer a la ponderada admiración de todos, las obras —perfectas o no— inspiradas en una alta idea de los valores humanos. Creemos que la misión de juzgar —cualquiera sea el terreno en que el juicio se ejerza— está indisolublemente vinculada a un elevado concepto de la responsabilidad ética y tal será la premisa esencial que informará la rúbrica de esta página.

1 Sería injusto no mencionar que en este esfuerzo participaron muchos directores y técnicos norteamericanos, pero fueron siempre una ínfima minoría que tuvo que lucha contra la incomprensión del medio ambiente.

Desde el próximo número, y en esta misma página, publicaremos un amplio panorama de las novedades bibliográficas y una guía de lecturas de todo lo que merece leerse u olvidarse. Todos los libros recibidos serán comentados

LIBROS

Escribe Arturo Jauretche sobre el "Alberdi" de Luis Alberto Murray

El poeta Luis Alberto Murray acaba de publicar, por el sello Coyoscán, un pequeño gran libro: *"Pro y contra de Alberdi"*. Traigo su comentario, que formalmente correspondería a la sección bibliográfica, a esta página, precisamente por lo grande que tiene este libro pequeño, cuya importancia política excede los límites de una simple crónica de libros y de un juicio más o menos literario.

Principio por decir que este poeta canta "con toda la voz que tiene" y que no le hace falta la guitarra. Su prosa es de la misma calidad que el verso y me alegra ver en "nuevo", el tono y el acento un poco olvidado, y que yo he querido mantener en mi periodismo militante, de aquella gente del 80 en que la cultura no era plateresco adorno, sino virtud pudorosa y escondida bajo una apariencia que a los cursis les resulta "chabacana" y a los tilingos zafia, y que es gracejo y socarronería del hombre que hace pasar por el hombre, filtrándolo, lo que viene del libro. Cosa que tal vez corresponda a la intimidad defendida del "hombre que está solo y espera", modernamente, y en lo pasado, a la seguridad en sí mismo y en lo propio del que sabe estar vertical, de pie o sobre los estribos sin parecerle que hace una hazaña. Del culto que sabe que la cultura es para el hombre, y no a la inversa, y hace de ella un instrumental para el servicio suyo y de los suyos, adecuándola al medio histórico y geográfico. En una palabra, el que escribe en argentino y para argentinos, para expresarse y para que lo entiendan los de su redor, y no para darse corte con filigranas transmitiendo mensajes secretos —tan secretos que él mismo no los entiende— y que sólo disimulan variantes de las hobaliconadas con intención que estoy coleccionando en mi "Manual de sonceras argentinas".

● LOS DOS ALBERDIS

He leído "Pro y contra de Alberdi" con emoción. Nada de lo que allí se dice es nuevo, ya que la técnica del libro consiste en oponer los dos Alberdis.

Murray enfrenta ese Alberdi tilingo, pero talentoso, cosa que convierte la tilinguería en dinamita, con el Alberdi maduro y el de la vejez. En enfrentamiento es un verdadero "hara-kiri", una autovivisección, en que Alberdi le mete el bisturí hasta el fondo a lo que antes y dijo y escribió: un "mea culpa, sin proponérselo, que es en el terreno de las cosas del país algo así como la oposición de Ignacio el Santo, al Ignacio del mundo, en el terreno religioso. Nada hay más útil al pensamiento argentino que esta revisión de Alberdi hecha por Alberdi, que Murray pone aquí de actualidad.

Después de verificarla ya no hay polémica posible. Alberdi hace pedazos al otro Alberdi. Esto no es ninguna novedad, ni Murray pretende descubrirla pues ya lo habían hecho muchos y particularmente Popolizio, el mejor biógrafo del tucumano.

Pero hasta ahora no se había sistematizado de manera tan sencilla y clara este levantarlo a Alberdi sobre sí mismo y que con sus palabras aniquila el alberdismo, base de sustentación del sistema colonial de la oligarquía, conjuntamente con el sarmientismo.

También hay que hacer esta obra con Sarmiento, porque el viejo Sarmiento, rectifica en su vejez las pavadas detonantes que dijo en su juventud, pero sin la seriedad ni el método de Alberdi, tal vez porque Alberdi tiene las características orgánicas y disciplinadas de la inteligencia, en las que cuenta la humildad, y Sarmiento, el caos tumultuoso del talento, en que cuenta por demás la vanidad.

Este Alberdi ha sido ocultado, como aquel Sarmiento, porque alberdismo y sarmientismo son las bases de sustentación cultural de la oligarquía y el coloniaje. A los dos se les toca la "mala música" para que no se les conozca "la buena, porque ¿a dónde iría todo el edificio de pavadas intelectuales conque se ha construído la antinación si aparecieron los dos maestros de la "ideología", con la piqueta en la mano, destruyendo la obra infame, e invitándonos a empezar de nuevo sobre el buen terreno?...

Pero el objeto de la revisión histórica y de ese librito, no es desnudar un santo para vestir a otro, como Alberdi viejo no desnuda a Alberdi joven por el simple gusto de mostrar las formas exquisitas del Alberdi de "La Moda".

El objeto de ese revisionismo, es revisión simplemente con cotejo, un "igualá y largamos" para que en la cancha de lo historia corran parejos si es cierto el aforismo hípico de que "en la cancha se ven los pingos". Y ya lo tengo dicho en "Política nacional y revisionismo histórico": la falsificación de la historia es una "política de la historia" destinada a que no tengamos política propia, por aquello que dijo el escritor inglés que allí cito: *Una política sin historia es un árbol sin raíces y una historia sin política un árbol sin frutos.* Precisamente ese árbol, o imitación de árbol es lo que nos han construído con el alberdismo y el sarmientismo, no haciéndole lugar ni a los mismos autores cuando se revisaron.

Murray ha cumplido en cierta medida mi aspiración del Grosso y Anti-Grosso. De aquí la emoción tan particular con que lo he leído.

● UNA CLASE PARA LOS MUCHACHOS

Este es un pequeño manual que, por el arte con que presenta la oposición de los dos Alberdis, da una visión sintética de toda la historia argentina. En la oposición de los dos Alberdis, tal como está hecha, por el método y por el idioma, se ha logrado reducir la contradicción de nuestra historia a términos sencillos que caben en tan pequeño libro. Es este una ventana desde la cual se vé todo el paisaje. El muchacho que lo lea, tiene allí todas las claves para la interpretación del barullo que han hecho, y ya no se equivocará más. Y el que ya ha transitado bastante en el camino tendrá en este librito la visión de conjunto, integradora, que tal vez esté faltando.

Yo pienso cuántos años habría ganado en el conocimiento de la verdad de haber habido un Murray que me hubiera adelantado este trabajo. Mi emoción expresa el drama de una generación que tuvo que encontrar la verdad a trapezones y hacerse una manta con retazos chiquitos recogidos de los baldíos. En cambio ¡qué fácil hubiera sido entender todo, con un manual sencillo y bien escrito como éste!...

Pero tal vez haría falta nuestra tarea para que aparecieran los Murray y los lectores que Murray va a tener. También tal vez hiciera falta esta madurez de los tiempos para que se comprendiese lo que pasa aquí, y se entienda ahora lo que pasó aquí ayer. De todos modos, el que lea lo que pasó ayer aquí, en Murray, entenderá lo que pasa, hoy y aquí. Y esa es la utilidad de la historia cuando nos da la clave que hasta ahora ha estado oculta, para los cultos. Porque los ignaros se la palpitan ahora, como antes cuando eran federales o yrigoyenistas, contra los doctores, es decir, contra los tilingos infatuados.

POLITICA

Semanario de economía, política, historia, artes y letras.

Director:
Jorge Abelardo Ramos

Diagramación:
Héctor Cattólica

Dibujos:
Ricardo Carpani

La marca "Política" está Registrada bajo el Nº 374.364 Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Franquicias postales en trámite.

$ 7 m n. el ejemplar

Redacción y Administración: Lavalle 1710, piso 5º, ofic. 6 Buenos Aires, Argentina